EL SOLTERON
Y SU CRIADA.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

FORMADA

SOBRE LA QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES

EL CIUDADANO COLLIN D' HARLEVILLE.

POR

D. T. G. S.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

El que compáre la comedia francesa de Collin D' Harleville, intitulada le Vieux Celibataire, con la que yo presento al teatro español, conocerá que esta no es una mera traduccion en que se trasladan las bellezas, igualmente que los defectos del original. A la verdad no carece de ellos, ya se atienda á los principios que le constituyen, ya á la distribucion del plan, al desarrollo de la accion, á las situaciones, á los caractéres, al lenguage, &c.

Yo no me lisonjearé de haberlos corregido; pero sí, me atrevo á decir, que sin las alteraciones que he hecho, su representacion no sería tolerable. Por eso he variado en parte el plan de la comedia francesa, he invertido el órden de muchas scenas, he suprimido algunas, he colocado otras nuevas, he mudado costumbres y caractéres, ó avivando algunos de sus rasgos, ó reformándolos en sus mismos principios: en fin

he alterado la colocacion, y aumentado el interés de diferentes situaciones, he añadido mas viveza á todos los diálogos, mas colorido al lenguage, &c.

Sería prolixidad inútil el analizar, y confirmar cada una de estas mutaciones, que solo deben exâminarse despues de la lectura de ambas piezas. Mi objeto principal ha sido indicar de léjos la senda que deben seguir los traductores del teatro: bien que nunca tendré por tales á los que sin ningun conocimiento de los idiomas, ni de la materia que traducen, no hacen mas que desfigurar las gracias, y conservar las monstruosidades de los originales.

El éxîto de esta pieza puesta en espectáculo, tampoco probará nada contra las razones que mo animáron á emprehender semejante trabajo. Y yo desconfio ya tanto del juicio del público espectador, que ni sus vituperios me harán desestimar mi obrita, ni sus aplausos mirarla con mas aprecio.

T. G. S.

ACTORES.

Don Roque, viejo solteron. *Señor Vicente Garcia.*

Don Jacinto, su hijo natural, baxo el nombre de Cárlos. *Señor Bernardo Gil.*

Doña Felisa, ama de gobierno. *Señora Andrea Luna.*

Laura, muger de Jacinto. *Señora Maria Garcia.*

Don Ambrosio, mayordomo. *Señor Rafael Perez.*

Jorge, portero. *Señor Tomas Lopez.*

JULIANITO, niño de siete años, hijo de Jorge.
SEÑOR JOAQUIN GARCIA LUNA.

La Scena es estable en Madrid, en el quarto de Don Roque.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Jacinto, poniendo en órden los muebles del aposento de Don Roque.

Jac. Ya está vestido. Arreglémos,
del modo que ayer estaba,
su aposento... ¡Ah! ¡padre mio!
¡si la humillacion amarga
que tu hijo infeliz padece,
un dia te presentára
las pruebas de su inocencia,
contra la calumnia insana!
¡si conocieras que solo
el amor filial le manda,
y no el interés, servirte
con tanto afan y eficacia!...
¿pero quién viene aquí?... ¡Jorge!

SCENA II.

Jacinto y Jorge.

Jorge. Gracias á Dios, que se os halla
solo una vez, Don Jacinto...

Jac. ¡Imprudente! ¿no reparas
que nombrándome me pierdes?

Jorge. Voto á... perdonad... ¡mal haya
mi memoria!

Jac. ¿No te acuerdas
de que aquí Cárlos me llaman?

Jorge. Me acuerdo, y mucho me acuerdo;
pero tambien se me pasa
á veces: no os enfadeis:
le doy á vm. mi palabra,
que no se me olvidará
aunque dos siglos pasáran.
Vaya ahora que estamos solos;
hablad, decid sin tardanza:
¿en qué estado va el asunto?
¿lograis ya la confianza
de nuestra ama de gobierno,
y de Don Roque la gracia
se ha podido adelantar?...

Jac. Aun mas de lo que pensaba;
sin embargo, yo no vivo
satisfecho hasta que Laura,
mi querida esposa, logre
introduccion.

Jorge. Pues contadla
por segura.

Jac. ¡Ah! ¿y en qué forma?
¿baxo qué título? ¡quánta,
quánta amargura esta idéa
en mi corazon derrama!
¡Nosotros aquí sirviendo,
confundidos en la casa
de mi padre entre la clase
mas humilde!
Jorge. Sí: es desgracia,
no hay duda: ¿mas por ventura,
servir á un padre es infamia?
Era forzoso sufrieseis
para que se vindicára
vuestra justicia; y repito
que es grande fortuna el que hayais
conseguido entrar tan pronto.
Luego, vuestra esposa Laura,
va á entrar tambien, pues ayer
me dixo aquel camarada,
amigo del mayordomo,
que hoy enviaria la carta
que se necesita.
Jac. ¿Quándo
podré fidelidad tanta
recompensar?
Jorge. ¡Uh! esto no es

por interés, ni jactancia:
yo sí que nunca podré
pagaros el bien, que mi ama
y madre vuestra me hizo.
Ella me amparó en su casa
desde que era tamañito;
si Jorge es honrado, si ama
la verdad, sabed que es obra
de su exemplo y su eficacia:
á vm. le ví yo nacer,
y desde su tierna infancia
me le encargó, hasta que entrambos
padecimos la desgracia
de ver su muerte.

Jac. ¡Ay! ¿por qué,
porque tan presto la parca
la arrebató á mis caricias?
Ella murió con la amarga
pena de dexar un hijo
abandonado á la gracia
de un hombre, que aun en secreto
no quiso esposa llamarla.
¡O! ¡dulce madre! previas
de tu hijo la suerte infausta,
quando cubierta del velo
de la muerte, estas palabras

me dixiste, que por siempre
impresas tengo en el alma:
sé de las virtudes hijo,
si nadie hay que se complazca
en darte tan dulce nombre.
Enternecido.
Jorge. Señor, ¡por Dios!... no se trata
de lo pasado... advertir,
que aunque haya sido contraria
hasta hoy la suerte, ya el cielo
un nuevo rumbo señala.
Murió vuestra madre, es cierto,
y vm. expuesto quedaba
al furor de la calumnia;
mas tambien luego me manda
Don Roque venir, y así
descubro toda la trama;
reconozco su carácter
y sus opiniones raras;
en fin me ocurre escribiros,
¿y quándo? quando os hallabais
tal vez ya desperanzado:
seguis al punto mis trazas,
venis de incógnito, veis
de cerca las asechanzas,
se proporciona el que venga

vuestra esposa de criada;
y para el último golpe
ya es muy poco lo que falta.
¿Es esta poca fortuna?
Jac. Tienes razon.
Jorge. Pues constancia;
y por lo demas contad
que esa juventud lozana,
y esa modestia, os harán
dueño de la confianza
de Doña Felisa: y ¡ola!...
no sé qué decir... madama
tiene gusto.
Jac. ¡O! te diré...
lo mejor se me olvidaba:
ayer á solas conmigo
tuvo una sesion muy larga,
ponderó sus buenas prendas,
habló mucho de las varias
penas que sufre sirviendo;
y al fin añadió se hallaba
afligida, por no haber
una persona sensata
á quien descubrir pudiese
los secretos de su alma:
yo la apuré de manera,

que pienso que esta mañana,
segun ella dió á entender,
vendrá á decirme...

Jorge. ¡Caramba!
¿no lo digo yo? ¡Guardáos
si esas indirectas paran
en haceros una tierna
declaracion!... mas son vanas
mis sospechas; no es posible
que la niña se olvidára
de su interés: ese Ambrosio,
que vino á ocupar la plaza
de su difunto marido,
la ronda mucho y la halaga,
y ella se muestra mas dura
que una piedra; no le agrada
la juventud.

Jac. Así pienso.

Jorge. Y yo pienso que en el alma
os detesta el tal Ambrosio.

Jac. No es mucho, quando maltrata
aun á su señor: á mas,
si en mi conducta repara,
acaso teme algun dia
perder por mí su privanza.

Jorge. Y lo teme con razon;

pues Don Roque se declara
á favor de vm.

Jac. Mas dulce
es para mí esa esperanza,
que la de su herencia. Sea
qual hijo ó sirviente; nada
me importa, con tal que pueda
merecerme al fin su gracia.

Jorge. ¡Que esos sentimientos reinen
siempre en Cárlos!

Jac. Siempre en mi alma
reináron, Jorge: tal vez
algun tiempo la desgracia
los amortiguó; mas luego
viendo que un padre me ama,
sino con nombre de hijo,
como criado, su llama
renació con mas vigor,
y nunca será apagada
en mi pecho. He conocido
que el tiempo jamas alcanza
el remedio á nuestros males,
si hasta el fin de la jornada
la virtud no nos sostiene.

Jorge. Ya para el fin poco falta,
porque en breve vuestra esposa

va á dar... ¡Ola! ¿qué buscaba
Julianito?

SCENA III.

Dichos, y Julianito con una carta en la mano.

Jul. ¿Quién? ¿yo, padre?
Jorge. ¿Qué es eso?
Jul. Me dió esta carta *Se la entrega á Jorge.*
mi primo Pasqual, y fuf,
sin hablarme mas palabra
se marchó; pero me voy
yo tambien, que si asomára
Don Ambrosio, reñiría. *Vase.*

SCENA IV.

Jacinto y Jorge.

Jorge. ¡Qué diablos será esta carta!
¿me permitis?...
Jac. Sí: ábrela:
¿en qué te detienes?
Jorge. ¡Vaya! *Despues de haberla abierto.*
¡si es cabalmente el socorro,
que ya impaciente aguardaba!
Es la recomendacion

para vuestra esposa Laura,
de aquel amigote mio,
que conoce mucho al maula
del mayordomo.

Jac. ¿Y qué dice?

Se la entrega á Jacinto.

Jorge. Leedla, y ved como prepara
la suerte un feliz suceso
despues de tantas borrascas.

Lee.

Jac. "Amigo Ambrosio: he sabido que buscabas
„una sirviente jóven para segunda de vuestra
„ama de gobierno, y os envio una persona ex-
„celente para el caso en la dadora de ésta: sin
„duda quedaréis contentos con ella; es bien na-
„cida, juiciosa y dócil: y podrá perfeccionarse
„baxo la direccion de Doña Felisa. Tuyo siem-
„pre, Torres."

Jorge. Este es el último lance
de ventura; por criada
se le introduce la nuera.

Jac. El cielo por fin se apiada
de este infeliz. *Se guarda la carta.*

Jorge. Y creed,
que al momento queda en casa
con tal recomendacion.

Jac. Lo espero así: tú derramas
en mi corazon un gozo,
que hasta hoy ¡mísero! ignoraba.
En viéndola mi buen padre,
en escuchando aquella habla
de virtud y de dulzura,
no puede ménos de amarla.
¿Tú no la has visto?
Jorge. Sí tal.
Jac. Quizá habrás visto sus gracias,
todo su encanto; mas ¡ah!
no conoces aquella alma
de bondad, que de la mia
fué señora soberana
á la vez primera. Escucha,
(ya que hoy la paz y la calma
te debo) de mis amores
la historia sencilla y grata.
Tú sabes que abandonado,
mísero, solo en mi patria,
despechado me alisté
soldado. Mi vigilancia
en el servicio, mi buena
educacion, y una rara
madurez, único fruto
de mis primeras desgracias,

me ganáron el favor
de mis Xefes. Ya empezaba
á gozar algun reposo,
quando por dicha me mandan
ir á Cuellar de bandera:
llego al pueblo, y me señalan
alojamiento en la pobre
choza de la hermosa Laura,
á tiempo que perseguido
de la avaricia inhumana
de un acreedor poderoso,
su anciano padre esperaba
su víctima ser. El llanto
que en su afliccion derramaba
esta virtuosa familia,
despedazó mis entrañas:
pago su deuda y alivio
su dolor: todos me abrazan,
todos á una voz de hermano
y de hijo el nombre me daban.
¡qué placer! Nada en el mundo
desde aquel punto envidiaba.
Yo no pude mucho tiempo
resistir: mi ardiente llama
declaré á Laura, y en breve
ante el altar nuestras almas

eterno amor se juráron.
Sus padres, ya de abanzada
edad, muriéron á poco;
y obteniendo sin tardanza
mi libertad, el cultivo
del campo nos sustentaba.
Sin opulencia y sin ocio,
¡quál mi afanar suavizaba
mi adorable compañera!
¡quál entre inocente calma
se deslizaban mis dias!
Tal era, quando una carta
de tu amistad me previene
por menor todas las causas
de mi abandono. El estado
de mi padre, que me odiaba
engañado, mi inocencia,
la justicia, todo clama
que me vindique. En efecto,
solo con mi esposa amada,
vengo á Madrid, y mudando
las señas de nombre y patria,
entro á servir á los mismos
que me persiguen: ¡y tanta
es la fuerza del malvado,
que tímida y desolada,

aun para hablar la virtud
la ocasion del vicio aguarda!
Si para mí no la alcanzo,
si por fin miro frustradas
mis esperanzas, ¿qué habrá
que mi dolor satisfaga?
¿qué es de la justicia? ¿dónde
es la verdad respetada?

Jorge. Sosegaos, que ahora conviene
el disimulo y cachaza.

Jac. ¡Quánto padezco en fingir!

Jorge. Pues tambien me repugnaba
á mí al principio; y á fé
que viendo las circunstancias,
he aprendido ya á fingirme
ciego, quando esta canalla
robando está á vuestro padre.
Fuera de lo que regala
la cocinera, que es linda
espigadera, nuestra ama
siega de primor, y coge
dinero y papel sin tasa.
El Don Ambrosio ha comprado
una magnífica casa;
vm. que tiene talento,
discurra cuya es el arca

de donde salió su importe:
todos los dias la alhaja
con un mueble nuevo; y otro,
todos los dias nos falta,
de suerte que en poco tiempo,
si prosigue, nuestra casa
quedará sin mueble alguno,
quando la otra esté amueblada.
Jac. Si al ménos le hubieran hecho
feliz, yo les perdonára
su exceso; mas no contentos
con robarle, se adelantan
á oprimirle: ¡Triste anciano!
hecho ya á la tolerancia,
devora en secreto el llanto
que sus pesares le arrancan.
Jorge. ¡Pero tate!... no hay remedio:
Doña Felisa se clava:
ahí sale ya, y con semblante
de pedir mercedes.
Jac. Calla,

SCENA V.

Dichos y Doña Felisa.

Jac. Señora, besoos los pies.
Jorge. A la obediencia, madama.

Fel. ¡O! buen dia, amigo Cárlos...
¿qué haces aquí? *A Jorge.*
Jorge. ¿Quién yo? nada:
estabamos conversando
sobre las cosas de Italia,
Alemania, Francia, Europa...
Fel. Está bien; pues ahora marcha
á conversacion á baxo.
Jorge. ¡He! solo á mí me regañan,
y él sin cesar está hablando
de vm.
Fel. ¿Y de mí qué hablaba?
Jorge. Que pareceis cada dia
mas jóven, y mas gallarda.
Fel. Cárlos es muy fino, y usa
de expresiones delicadas;
pero tú te vales de ellas
para adularme. Vé y guarda
la puerta.
Jorge. ¡Yo adulador!
Fel. Y á ninguno des entrada
sin avisarme.
Jorge. Está bien.
Fel. Si viniere alguna carta
entregámela.
Jorge. Por hoy...

es regular que no la haya.

Fel. No importa: acuérdate bien
de todo.

Jorge. Muger mas falsa *Aparte yéndose.*
no la habido jamas desde
que hay mugeres en España.

SCENA VI.

Jacinto y Felisa.

Jacinto continúa arreglando el aposento, y entretanto Doña Felisa en el extremo opuesto, le mira con mucha agitacion, y miéntras dice su monólogo manifiesta á un mismo tiempo desconfianza, firmeza y temor.

Fel. Ya es forzoso decidir:
si mas tiempo se dilata
mi proyecto, es muy posible
que la suerte trastornára
en un punto tantos años
de afan y de vigilancia.
Y no hay duda, Cárlos es
el mas seguro: de él nada
recelaría Don Roque,
y yo sé que interesará
su corazon si le hablase

de mi amor con eficacia.
¿Mas qué le diré? ¿si acaso
de mi conducta se extraña?...
¿y qué ha de extrañar? tambien
quando él sirve, solo trata
de mejorar, como todos,
su fortuna... ¡qué agitada
me siento!... por otra parte
yo le soy muy necesaria,
para que pueda negarse;
es discreto, le acompaña
la prudencia: ayer al verme
suspirar, se me mostraba
muy sensible... no hay remedio,
digno es de mi confianza;
y conviene aprovechar
el tiempo... Cárlos, palabra.

Se sienta en el camapé, y Jacinto llega.

Jac. Mandad, señora.
Fel. Yo quiero
me digas ¿cómo te hallas?
¿estás contento?
Jac. Lo estoy
tanto, que casi juzgára
que estaba en mi casa propia.
Fel. Sé siempre el mismo; y tu honrada

conducta te ofrecerá
cada vez nuevas ventajas:
parece que con agrado
te mira Don Roque.

Jac. Gracias
á vuestra bondad.

Fel. Es cierto:
merezco su confianza.

Jac. Fruto es de vuestro talento
y experiencia.

Fel. Si en mí alabas *Suspirando.*
esas qualidades, sabe
que son de mis males causa.

Jac. ¿Vuestros males? yo no entiendo...

Fel. ¡Si supieras!... ¡pero incauta!
¡qué iba á decirte!...

Jac. Señora:
lo conozco: mi humillada
situacion no corresponde
á mi voluntad; no alcanza
á aliviaros...

Fel. Es posible
que alcanzase; y si tan ardua
empresa no fuese hallar
uno, que se interesára
en mis desdichas, que fuera

buen amigo, no dudára
en elegirte.
Jac. Dichoso.
si complaceros lograba.
Fel. Y ciertamente, á tí mismo
no te es ménos necesaria
una persona prudente,
á quien tu pecho se abra.
Eres dócil y discreto,
y no pareces en nada
ser criado...
Jac. No lo soy:
y un tiempo tengo esperanza
que lo conozcais.
Fel. A mas, mi recompensa...
Jac. Me basta
por premio el saber que os sirvo.
¡Ah! no dudeis: aguardaba
desde ayer con impaciencia
esta ocasion: vuestras raras
prendas, vuestro dulce genio;
todo en vos, señora, manda
complaceros: ¡no dudeis!...
mas si quizá os desagrada
Cárlos, jamas descubrais...

Despues de haber mirado á todas partes, suspira profundamente, se levanta, toma la mano de Jacinto, y la aprieta con entusiasmo.

Fel. No, amigo: mi confianza
en tí deposíto.

Jac. Hablad.

Fel. Quince años ha que encerrada
vivo aquí, sin otro premio
que servir... Mira si basta
para que erigirme deba
por señora de la casa.

Jac. Es justicia.

Fel. Mi difunto
y yo no dexamos nada
que hacer de quanto pudiese
cumplir mi justa esperanza.
De la vista de Don Roque
alejamos sin tardanza
á los parientes, amigos,
y á todos quantos trataba:
mas de repente mi esposo
me faltó en las circunstancias
mas críticas: quedé sola
para la empresa mas ardua,
que era contrastar un hijo...

Jac. ¿Un hijo? ¿de quién?
Fel. No alcanzas
este misterio. Don Roque,
solo por extravagancia,
nunca se casó, aunque era
amante de cierta dama
principal de la que tuvo
este hijo, que hoy es la causa
de mi mal. Ella murió...
Jac. ¡Ay de mí! *Aparte.*
Fel. ¿Qué es eso?
Jac. Nada. Proseguid.
Fel. Ella murió
en Valladolid su patria,
miéntras él vino á la corte
á negocios de su casa.
Aquí ausente confirmó
sus caprichos; é informada
por él mismo del asunto,
califiqué de inconstancia
la reserva que en la ausencia
su buena amiga guardaba,
y sus sinceros deseos
de cubrir con una santa
union los yerros pasados,
los pinté como asechanzas

para oprimirle, y despues
vivir libre y descuidada:
por último, entre mi esposo
y yo logramos con maña,
que su amorosa pasion
á indiferencia pasára.

Jac. ¿Pero el hijo?

Fel. Escucha. Apénas
de aquella molesta carga
se vió libre con la muerte,
fixó ya en Madrid su estancia,
y por direccion de Ambrosio,
trocó el comercio en labranza.
Entónces formó el proyecto
de llamar al hijo para
educarle aquí á su lado.
¡Quánto costó el que mudára
de plan, y en Valladolid
le dexáse!

Jac. ¿Y por qué causa
intentabais disuadirle?

Fel. Pues, si á su lado mirára
un objeto tan querido,
como un hijo, ¿qué esperanzas
nos quedaba? y á mí, á mí,
¿qué fruto despues de tantas

y tan contínuas fatigas?

Jac. Sí: la conseqüencia es clara.
Seguid.

Fel. Al fin le mostré
que sería ménos cara
allí su manutencion,
que en Madrid; que aquí abundaban
las distracciones, capaces
de viciar la edad lozana
de quince años, y además
de este modo preparaba
á su vejez mil cuidados:
me creyó al punto, y me encarga
el cuidar de su asistencia.

Jac. Así era vuestra la plaza.

Fel. Aun no. Le hice despedir
los criados que quedaban
de su madre: solamente
el que hoy es portero en casa
se exîmió; mas logré pronto
que Don Roque le llamára,
con pretexto de que allí
era inútil. Su llegada
me dexó ya libre el campo
para la empresa mas ardua;
pero segura. Debiendo

suministrarle sin tasa
sus asistencias, discurre
si serían limitadas
por mi mano. Con efecto,
puesto ya en las circunstancias
de mendigar, sin poder
ni aun quejarse, sentó plaza.
Tanto acriminé esta accion,
que ya Don Roque pensaba
desheredarle. Despues
se animó á escribir dos cartas
pidiendo perdon: mas yo,
lo mismo que las pasadas,
las oculté.

Jac. Precauciones
muy precisas y acertadas.

Fel. En público no he leído
sino tres; pero glosadas.
Al fin se ha perdido él mismo
por una aventura extraña.

Jac. ¿Cómo?

Fel. Sin dar parte al amo
se casó.

Jac. ¿Pues en sus cartas
no lo decia?

Fel. A lo ménos

Don Roque no supo nada
hasta que yo le informé
de la boda, y la muchacha,
pintándola qual si fuera
una aventurera, vaga,
incógnita, miserable.
Entónces el viejo en rabia
y cólera se enfurece:
maldice al hijo, y nos manda
que nunca mas se le nombre.
He aquí de acciones tan varias
el suceso.

Jac. ¿Y ya qué resta?

Con tono de dolor y abatimiento.

Fel. Mucho, Cárlos, mucho falta.
Oye el último secreto
que mi corazon guardaba.
Ya ves que pueden salir
todas mis fatigas vanas,
sino le estrecha conmigo
una obligacion... ¿No alcanzas
todavía mis idéas?

Jac. Aun no: ¿pero qué embaraza
vuestra franqueza? decid.

Con viveza é interés.

Fel. Si conmigo no se casa,

¿viviré segura, Cárlos?

Jac. ¿Con vos? ¿el amo? Arrojada
es la empresa ciertamente.

Fel. Es forzoso el acabarla.

Jac. ¡Qué! ¿ya la habeis comenzado?

Fel. Muchos años ha que cauta
voy preparando su pecho.
Le hago pinturas muy gratas
del himenéo: le leo
novelas de amor, que encantan
sus sentidos, y en los lances
mas tiernos hago una pausa
para dar lugar á que
en ellos se embeba su alma.
Sabe tambien que el motivo
por qué yo hice que llamára
á Jorge, fué solamente
el que siempre presenciára
la escena de dos esposos
que felices se idolatran.
Las inocentes caricias
de su hijuelo, que no pasa
de siete años; sus juguetes,
todo excita su apagada
imaginacion; y así
su pecho á amar se prepára.

Mas para rendirle, ahora
tu persona es necesaria.
Jac. Mandad con franqueza.
Fel. Observo,
quando el amo se levanta,
que gusta de hablar contigo:
¿qué ocasion mas apropiada
para hablarle del asunto?
Le insinuarás que se halla
muy aislado: que sería
feliz si encontrar lográra
una amable compañera.
Entónces á hablarle pasas
de mi persona: que en parte
conservo todas las gracias
de la juventud, unidas
á la madurez sensata
de mi edad. En fin, ya ves,
me mantengo fresca, sana,
y mi presencia... Tambien
añadirás, si te agrada,
que al principio me tuviste
por su esposa, no por ama.
Jac. No os canseis mas; quedo ya
impuesto.
Fel. En una palabra:

tienes talento, y descuido
en tí.
Jac. Vivid descuidada.
Fel. ¿Con que me entiendes?
Jac. Repito
que vivais asegurada
de que yo haré lo que hicierais
vos misma en mis circunstancias.
Fel. Pues vive tambien seguro,
que la recompensa...
Jac. Basta.
Me aníma interés mas puro.
Fel. El amo ya sale: calla.

SCENA VII.

Los dichos y Don Roque.

Roq. Buenos dias... ¡O señora!
no reparé que ahí estabais.
Fel. ¡Amo mio!
Roq. ¡A Dios, amigo
Cárlos.
Jac. ¡Señor!
Fel. O me engañan
mis ojos, ó está vm. triste.
¿Pasasteis acaso mala
noche?

Roq. No, amiga.

Fel. Será
apariencia; mas jurára
que estaba ayer mas risueño
vuestro semblante.

Roq. Pues raras
son las veces que la risa
se vé en mi rostro.

Fel. Apostára
que de ese hijo tan perverso
vuestra tristeza dimana.

Roq. Su imágen de mi memoria
un instante no se aparta.
Esta noche le ví en sueños.

Fel. ¿Y por qué no desecharla?
¿No conoceis que no intenta
mas que labrar vuestra infamia?
Señor, olvidarle, y ved
de cuidaros.

Roq. ¡Ah! mi alma
puede aborrecerle, sí;
mas no olvidarle.

Fel. ¡Qué gana
teneis, señor, de afligiros!
Cárlos, Ambrosio y yo, nada
querémos mas que agradaros.

Sin salir de vuestra casa
tendréis en nosotros hijos,
parientes, amigos... ¡vaya!
sosegaos... ¡quánto siento
dexaros!... pero me llama
la obligacion de serviros.

Roq. ¡Cómo ha de ser!

Fel. Que no salga
Cárlos, y os divertirá.

Jac. ¡Felice yo, si lográra
sucederos dignamente!

Al irse por lo baxo á Jacinto.

Fel. Acuérdate de la trama. *Vase.*

SCENA VIII.

Don Roque que se sienta cerca de la mesa, y Jacinto.

Roq. ¡Qué digna muger es ésta!
¡quánto en cuidarme se afana!
¿No es verdad?

Jac. Señor, en eso
pienso que á nadie aventaja.

Jac. ¡O! tambien estoy contento
contigo.

Jac. Si alguna falta

me advertis en los principios,
sabed que es involuntaria.

Roq. No, yo no advierto ninguna.

Jac. Siempre es mayor la eficacia
de un criado, quando sirve
á un amo á quien idolatra.

Roq. Yo no sé que es; me penetran
el corazon tus palabras,
aunque no quiera, me hacen impresion.

Jac. ¡Si ellas bastáran
á segurarme algun dia
vuestra ternura!

Roq. Sí bastan.
No sé por qué, tu presencia,
tu conversacion me encanta;
solo contigo estoy bien.

Jac. ¡Ah! ¡si pudierais ver quánta
es mi dicha en agradaros!

Roq. Mil penas, amigo, agravan
mi corazon: necesita
desahogo. Corro con ansia
toda la naturaleza,
y en toda ella no se halla
un amigo, en cuyo seno
pueda mis penas amargas
depositar.

Jac. ¿Qué decís?
¿penas?
Roq. ¡Ay! tú me juzgabas *Se levanta.*
por feliz, y no lo soy.
Jac. ¿Pero quién imaginára?...
Roq. Ya me ves: aquí en la tierra
solo, falto de esperanza...
Jac. ¿Solo?
Roq. Sí, amigo; yo vivo *Enternecido.*
aislado... ¡ó Dios! ¿por qué causa
en mis años florecientes,
ó luego quando escuchaba
libre mi razon, porque
me negué á la union sagrada
que me hubiera hecho feliz?
Jac. Virtud sola es la que traza
nuestra dicha, y no hay estado
en que ella mas sobresalga,
que en el vuestro.
Roq. Sí: en el mio
es feliz el que le abraza
por virtud, no por capricho.
Jac. Yo pienso que no sin causa
renunciasteis al consorcio.
Roq. En parte no era infundada
mi opinion. El himenéo

es cadena muy pesada.
Yo apartado de mis padres
desde la mas tierna infancia,
tuve ocasion de observar
por mí mismo sus infaustas
conseqüencias. Inconstantes,
vanas, infieles, falsarias
las mugeres, ¿á qué males
no dan orígen? Quien ama
sus gracias por mucho tiempo,
es infeliz. Yo encontraba
muchas humildes, honestas
en lo exterior, y en su casa
eran eterno tormento
de un esposo.

Jac. Perdonad,
si es á la vuestra contraria
mi opinion. La esclavitud
de himenéo es la mas grata,
entre todas las que al hombre
en la sociedad enlazan;
si una esposa amable...

Roq. ¿Y qué?
¿es posible el encontrarla?

Jac. Sí señor: hay infinitas
sencillas, y moderadas

en sus gustos, recogidas,
que su ventura señalan
en la de su esposo.
Roq. Yo
tengo experiencia muy larga
en contrario.
Jac. Confesad
que tal vez las que tratabais
mas de cerca, no serían
las de mas virtud.
Roq. ¡Qué vanas!
¡qué mudables! ¿y en tal sexô
nuestro pundonor descansa?
Jac. Y si tan débiles son,
¿para qué en tan fragil basa
apoya su honor el hombre?
El es, él es quien quebranta
sus misma leyes. Un padre
muy solícito se afana
en educar con acierto
un hijo, y no cuida nada
de la educacion de una hija,
que luego á ser se prepára
una madre de familias.
Los mismos que la acompañan,
fomentando su amor propio,

acrecientan su ignorancia,
su indolencia y su altivez.
He aquí de dónde dimanan
sus defectos; ¡y quán leves
son, señor, si se comparan
con los nuestros!

Roq. Pero, bien.
Quiero suponer que haya
algunas buenas, y que éstas
siempre nuestra dicha labran.
Con todo, ¡quántos cuidados
nos cercan al que se casa!

Jac. Cuidados inevitables,
que siempre al hombre acompañan,
estos en retorno ofrecen
mil placeres, y no agravan
el corazon.

Roq. Yo no entiendo...

Jac. Pues si una amiga repára,
y alivia nuestros quebrantos,
¿qué será una esposa amada,
nuestra eterna compañera,
amiga amorosa y franca,
que un mismo interés la estrecha
á nosotros, que no aguarda
para gozarse otro bien

que el nuestro, ni otra desgracia
para sentir? Comparad
los desvelos que nos causa
una familia, que es propia,
con los de una mercenaria,
que muy poco cuidadosa
de nuestro bien, solo trata
de su provecho.
Roq. Es verdad.
Eso es lo que á mí me pasa.
No dudo que mis criados
me estiman; mas se propasan
tambien conmigo.
Jac. En efecto.
Roq. Ya ves, esto me traspasa
el corazon. Muchas veces,
avergonzado de tanta
condescendencia, he querido
sacudir tan dura carga,
y he cedido al fin. A Ambrosio
le despedí veces varias,
y le he vuelto á recibir,
porque, aunque es extraordinaria
su viveza, él es honrado,
y hombre de bien: aun el ama,
Doña Felisa, conmigo

algunas veces regaña,
y quando mas enfadado
prorrumpo yo en amenazas,
ella calla, muda el tono,
dexa pasar la borrasca,
y... ¡soy muy débil! despues
con mas libertad me manda.

Jac. Lo conozco.

Roq. ¿Y qué ha de hacer
una persona privada
de amigos ¡ah! y de parientes?...
Uno tengo; ¡mas qué amarga
me es su memoria!

Jac. ¿Un pariente?

Roq. Mira, renuevo las llagas
de mi dolor... déxame.

Jac. Tal vez, señor, os distraiga
el confiar...

Roq. No es posible:
no hay consuelo que me valga
en mis males: déxame.

Jac. Perdonad.

Se sienta y toma un libro.

Roq. Solo estos calman
mi tormento.

Jac. ¡Ay Dios!... ¿qué aguardo? *Aparte.*

¿Si me permitís que salga
á una diligencia?...

Roq. Sí;
pero vuelve sin tardanza,
y dile á Jorge que suba
á acompañarme: me agrada
el sosiego, pero no
la soledad.

Jac. No hará falta.

Dice los siguientes versos aparte, miéntras Don Roque se pone á leer.

¡Infeliz! No viviré
si un momento se dilata
su desengaño, si un punto
el castigo se retarda
al crímen y á la perfidia.
¡Dulce esposa! ¡tu ignorada
virtud va á comparecer;
plegue á Dios, que la asechanza
de la calumnia á su vista
quede una vez disipada!

SCENA IX.

Don Roque solo.

La cláusula de letra bastardilla debe decirse en tono delectura. Despues cierra el libro con enojo, y se levanta.

Roq. ¡Qué bien dices! *Desde el punto,*
en que nace la esperanza,
se empieza á gozar.... ¡Un viejo!
Un viejo no espera nada.
Todo me fastidia: libros,
sociedad, todo me enfada,
y todo lo anhelo. Cárlos...
ya se marchó, y Jorge tarda.

SCENA X.

El mismo y Ambrosio.

Sale con cierto desembarazo grosero, y pone sobre la mesa el dinero que anuncian los versos.

Roq. ¡Ola! ¿qué traes Ambrosio?
Ambr. ¿Qué quiere vm. que le traiga?
Dinero. Ahí están mil reales.
Roq. Mucho lo necesitaba:
y es muy poco: hace ya tiempo

que no he percibido nada.

Ambr. ¿Y es culpa mia? ¡cuidado!...
¿No vé vm. que nadie paga?
Todos á una vez se excusan
con el tiempo.

Roq. Y no sin causa.

Ambr. Si le llora algun rentero,
al instante vm. se ablanda.

Roq. Eso es natural.

Ambr. ¡Muy bien!
¿y los gastos? Pues las casas
se han compuesto; se aumentó
nuevamente la labranza:
y así en mas de quatro meses
no espere vm. mas cobranza.
¡Si se pensará que en esto
tengo yo alguna ganancia!
A fé, que quizá yo pierdo
muchas veces que vm. gana.

SCENA XI.

Los dichos y Jorge.

Jorg. ¡Buen apóstol! *Aparte.*

Ambr. ¿A qué vienes?

Jorg. ¿A qué? A que el amo me llama.

Ambr. Aquí no tienes que hacer;
vuélvete á la puerta.
Jorg. ¡Vaya!...
si me llaman... si está abaxo
mi muger...
Ambr. No importa: marcha.
Roq. ¿Y por qué le hablas así?
Ambr. Este es mi modo: ¿qué aguardas?
Vete pronto.
Roq. Déxale.
Jorg. Quando el amo me lo manda,
debo quedarme.
Ambr. ¡Insolente!
Jorg. ¿Insolente?
Roq. ¿En qué te agravia
para tratarle así?
Ambr. ¡Bueno!
que haga quanto le dé gana,
y á mí me falte...
Jorg. ¿En qué falto?
Ambr. En no obedecer.
Jorg. En casa
no hay mas amo que el señor.
Roq. No mas.

En todo el diálogo debe haber suma viveza en el tono y acciones de los personages.

Ambr. ¿Qué es lo que vm. habla?

SCENA XII.

Los dichos y Doña Felisa.

Fel. ¿Quién mueve tal alboroto?
¡He! Ambrosio...
Roq. Sí: se propasa
ya á ultrajarme.
Ambr. Solo quiero
que el portero á cumplir vaya
con su obligacion.
Fel. ¿Y de eso
toda la qüestion dimana?
Roq. ¡Ah, señora! mas me irrita
el tono, que las palabras.
Fel. Es verdad. Este buen hombre,
ya lo sabeis, tiene tanta
viveza, tan fuerte el genio...
Ambr. ¡Señora!...
Al oído á Ambrosio.
Fel. ¡Que siempre se haya
vm. de olvidar de que es
precisa la tolerancia!...

Vaya, amo mio, por Dios;
sosegaos. Está acabada
la qüestion.

Roq. Yo soy muy bueno:
pero todos se adelantan
á abusar de mi bondad,

Fel. Teneis razon demasiada.
Vm. es honrado, fiel, *A Ambrosio.*
juicioso; pero es muy mala
costumbre...

Ambr. ¿Y por qué me irritan?

Roq. Al instante se arrebata,
me replica, ¡y con un modo!...

Fel. Mal hecho.

Ambr. ¿Y quién no se enfada
en el pronto?

Fel. Sí: es verdad.

Ambr. Ya se vé: el amo repára
en mi genio, y no se acuerda
de que Ambrosio tiene dadas
pruebas de amarle.

Fel. No hablémos
mas del caso. La mañana
está muy buena: ¡amo mio!
salir para que se esparza
el ánimo, y volved pronto:

no podré estar sosegada
si tardais.

Guarda el dinero: toma el sombrero y redingot. Doña Felisa le limpia y asea con mucha afectacion.

Roq. Pues voy un rato
hácia Atocha.

Fel. Que Dios vaya
con vos, señor.

Roq. Hasta luego. *Vase.*

Al oído á Doña Felisa.

Ambr. Aguardo á vm. en la sala.

Fel. ¿Para qué?

Ambr. Tengo que hablaros
á solas una palabra. *Vase.*

Fel. Voy al instante. Ya Jorge,
puedes irte: no haces falta. *Vase.*

Jorg. Está bien... ¡Gracias á Dios!
A no verlo, lo dudára.
¡Qué demonios! Vaya, importa
el no dormirse en las pajas.
Voy á avisar á Jacinto,
que no se detenga Laura
en venir... ¡El Don Ambrosio!...
¡pues la niña!... ¡qué canallas!

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Ambrosio y Doña Felisa.

Ambr. Señora, ya es necesario
que de asegurar tratémos
nuestra dicha: ya vé vm.
que tambien se acuerda el viejo
de que es el amo; y en fin
la amo á vm. ha mucho tiempo,
y solo con vuestra mano
viviré feliz.
Fel. ¡Qué empeño!
¡es un modo bien extraño
de pretender!
Ambr. Ya no espero
dilaciones: la amo á vm.
ciegamente, lo confieso.
Yo no soy galan, señora;
pero tampoco merezco
un desayre.
Fel. La verdad,
temo mucho el casamiento.
Ambr. ¿Qué hay en éste de temible

para vm.? Antes uniendo
así nuestros intereses,
dirigiéndonos de acuerdo,
nos esperaba una vida
regalada, con sosiego:
y... vamos, ya sabe vm.
que uno á otro nos conocémos.
Fel. ¡Qué poco repára vm.,
amigo, en lo venidero!
¿No era mejor aguardar
hasta que el último obsequio,
como sirvientes, le hagamos
á Don Roque?
Ambr. No comprehendo...
Fel. Quiero decir, hasta tanto
que sus párpados cerrémos.
Ambr. Eso es largo: no señora,
nos importa hacer primero
una retirada honrosa,
dexando aquí unos sugetos
buenos, dóciles, de nuestra
eleccion, que dependiendo
de nosotros, conspiráran
á cumplir nuestros deseos.
Fel. Todo es verdad; pero es cosa
de importancia... ya verémos.

Ambr. ¡Siempre una misma respuesta!
Fel. ¡Qué impaciencia!
Ambr. ¡Qué pretextos!
ya me canso: hasta mañana
solamente doy de tiempo
para decidir.
Fel. Muy bien.
Hoy será mi último esfuerzo, *Aparte.*
y verémos... es preciso
hoy apurar mi talento. *Vase.*

SCENA II.

Ambrosio solo.

Ambr. Esta muger me hace falta
para ser dichoso. Luego
uniendo nuestros caudales
se formaba un total bueno,
y el amo le completaba
al fin con el testamento.
Sobre todo, no me agrada
ser un solteron eterno
como él, que quando fallezca,
en vez de lloro y lamentos,
se celebrará su muerte
con regocijo y contento

de todos, al recoger
lo que con tanto desvelo
ha adquirido... ¡Pobre diablo!
¿pero qué busca aquí dentro
esta graciosa muchacha?

SCENA III.

Ambrosio, y Laura que entra muy turbada y llena de timidez.

Laura. Don... Ambrosio...
Ambr. Soy yo mesmo:
¿y bien?
Laura. Puede ser que ahora
os estorbe: Don Anselmo
Torres me envia...
Ambr. Ya, ya.
Tú quieres servir ¿no es esto?
Laura. Si no os incomoda, ved
esta esquela. *Se la entrega.*
Ambr. ¿Mas qué es eso?
¿tiemblas, niña?
Laura. No señor.
Ambr. No hay porqué; á ver: en efecto.
Leyendo la esquela.
"Bien nacida, dócil..." basta:
conviene muy bien tu aspecto

con lo que dice mi amigo.

Laura. Señor, ese es favor vuestro.

Ambr. ¿Te llamas?

Laura. Laura.

Ambr. ¿Y tu edad?
¿veinte años, he?

Laura. Aun no los tengo.

Ambr. ¿Has servido?

Laura. No señor:
y á no ser aquí, protesto
que no sirviera.

Ambr. Y supongo,
¿sois soltera?

Laura. Careciendo
de fortuna, no era fácil
que pensase en casamiento.

Ambr. Pues vaya, estás recibida.

Laura. Yo, señor, os lo agradezco
con toda mi alma.

Ambr. Hablaré
al amo, aunque es lo que ménos
importa. Ahora escúchame
dos advertencias.

Laura. Ya atiendo.

Ambr. Aquí, niña, hay mas de un amo.

Laura. Me lo han dicho.

Ambr. Yo el primero.
Laura. ¡O! sí señor.
Ambr. Además,
con el ama de gobierno
es menester que te muestres
pronta y dócil, yo la aprecio,
y el amo la estima.
Laura. Bien.
Ambr. El amo es un pobre viejo,
bonazo, franco: tratarle
con cierto mimo y respeto.
Ya puede vivir muy poco;
y si mereces su aprecio,
pudiera hacerte algun dia
dichosa.
Laura. Yo le venero
aun por motivos mas puros.
Ambr. Pues cuenta con mis consejos.
No hay mas que hacer: sobre todo,
acuérdate en qualquier tiempo,
que entraste por Don Ambrosio.
Laura. Desde hoy á afirmar me atrevo
que nunca me olvidaré
de los favores que os debo.
Ambr. Yo salgo á una diligencia,
para que despues entrémos

á presentarte: vé y vuelve,
si quieres, de aquí á un momento;
pero por nadie preguntes
sino por mí.

Laura. Ya os entiendo. *Vase Ambrosio.*

SCENA IV.

Laura, y Jacinto muy apresurado.

Jac. ¿Si habrá conseguido?...
Laura. ¡Esposo!
Jac. ¡Laura mia! ya prevéo
en tu semblante mi dicha.
¿Te ha admitido?
Laura. Muy contento;
pero todavía estoy
temblando.
Jac. Calma, te ruego,
tu inquietud; ya nada temas,
si por fin benigno el cielo
nos favorece: bien pronto
mi padre verá ese aspecto
de virtud, escuchará
tu hablar gracioso y modesto,
y esto basta para ser
cumplidos nuestros deseos.

Quisiera que ya te hubiese
visto.

Laura. Tambien yo lo anhelo,
y lo temo á un tiempo mismo;
pero sobre todo tiemblo
al pensar que él ama...

Jac. ¡El monstruo
de maldad!

Laura. La compadezco.

Jac. Triunfe de su iniquidad
tu virtud: ¡ah! ¡quánto siento
fingir miéntras tú padeces!

Laura. ¿A tu lado qué tormentos
puedo temer? La pobreza,
la calumnia, el desconsuelo
nos han perseguido siempre,
y siempre viste sereno
mi semblante, y en tí solo
buscar al dolor consuelo.
Aquellas horas pasadas
en el dolor mas acervo,
son para mí todavía
los mas dichosos momentos
de mi vida.

Jac. Siendo amado
de Laura, siempre me creo

venturoso; pero acaso
saldrán... Solo te prevengo,
que si con mi padre hablares,
aun quando ganes su afecto,
no me descubras: conviene
que me conozca mas tiempo.
A Dios, mi bien; no es posible
pintarte mis sentimientos.

Laura. ¡Son los mas gratos! A Dios.

Jac. ¿Y pronto?...

Laura. Sí, pronto vuelvo. *Vase.*

SCENA V.

Jacinto solo.

Jac. ¡Alma de candor! padeces
por mí, inocente. En el seno
de tu patria hoy vivirias
en regalado sosiego,
si Jacinto... ¡desdichado!
Jacinto no pudo ménos
de amarte; y no gozará
de tranquilidad su pecho
hasta haberte hecho feliz.
Tu bien, es el dulce objeto
de su afan... ¡ah, Jorge!

SCENA VII.

Jorge y Jacinto.

Jorge. ¡Vaya!
No sabe vm...
Jac. ¿Qué hay de nuevo?
Jorg. Una friolera: que acaban
de llegar tres muchachuelos,
que aseguran ser parientes
de nuestro amo, con intento
de visitarle.
Jac. ¿Y qué importa?
Jorge. No frusten nuestros proyectos.
Jac. Es imposible, y si son
infelices, yo no debo
impedirles que mejoren
de situacion.
Jorge. Uno de ellos
tiene ya en la mano un rollo
de papeles. ¿Vendrá presto?
(me dixéron) -yo no sé-
no importa, le aguardarémos.
En efecto, abaxo quedan,
y miéntras viene se han puesto

Suena dentro ruido.

á enredar: ¡escuche vm.
qué zambra!

Jac. Pues diles luego
que suban.

Jorg. Se lo diré;
bien está: el negocio es vuestro. *Vase.*

Jac. Tambien son parientes mios,
tal vez, mas que yo sujetos
á la desventura.

SCENA VII.

Jacinto y Doña Felisa.

Fel. Cárlos,
¿qué alboroto es ese?

Jac. ¡Cielos! *Aparte.*

Fel. ¿Quién ha venido?

Jac. Señora,
son tres niños, segun pienso,
pobres, parientes del amo,
que quieren verle.

Fel. Al momento
haz que se vayan.

Sale, y al ver á Doña Felisa, se suspende.

Jorge. Ya suben...

Fel. ¿Y para qué los has hecho
subir? Dí que no vendrá
á comer.

Jorge. ¡Jesus que enredo!
¿con que les diré que vuelvan
despues á la tarde?

Fel. ¡Necio!
que no vuelvan; que se va
fuera de Madrid: corriendo
díselo.

Jorg. ¡Pobres muchachos! *Yéndose.*

Jac. Mira donde van. *Al oído á Jorge.*

Jorge. Entiendo. *Vase.*

Fel. No sabes quánto pudiera
ese raro parentesco
dañarnos. Eres novicio,
y aun no conoces los riesgos.
Pero yo he visto venir
al amo, y aquí le espero
con cierto ardid: por un niño
voy á conquistar á un viejo:
retírate.

Jac. A Dios, señora.

Fel. Supongo que ya habrás hecho
esta mañana...

Jac. Empecé

á hablarle del caso; pero
llegó el mayordomo...

Fel. Cuenta
á otra vez: vete.

Jac. Obedezco. *Vase.*

SCENA VIII.

Doña Felisa y Julianito.

Fel. Ya habrá llegado: ¡Julian!
Sale ahora.
¿te acuerdas bien?

Jul. Bien me acuerdo.

Fel. Te regalaré mil cosas
como tú guardes silencio
con todos: mas ya se acerca,
si no me engaño, empecémos.
¿Y qué haces quando ves triste
á tu papá?

Jul. Le doy besos,
le acaricio.

Fel. ¿Y qué te dice?

Jul. Me besa tambien, y luego
le dice á mi madre:
mira, este niño es el consuelo
en nuestro mal: mas feliz,

con ser un pobre portero,
soy yo que el amo.

Habrá salido quando indican los versos de Doña Felisa, y permanece suspenso á la puerta escuchando el diálogo entre aquella y Julianito.

Roq. ¡Ah! ¡qué digno
soy de compasion! yo debo *Aparte.*
envidiar al mas humilde.

Fel. Ya va produciendo efecto. *Aparte.*

Jul. Quando estuvo papá malo
no me apartaba del lecho,
y le decia á mi madre:
si ahora fuera yo soltero,
¡pobre de mí!

Fel. ¡Bello niño!
ya está enternecido el viejo. *Aparte.*
Y dime, ¿tú quieres mucho
al amo?

Jul. ¡Toma! le quiero
como á papá, y si lo fuera
le diera un abrazo.

Sale con los brazos abiertos hácia el niño.

Roq. ¡Bueno!
dámele.

Se levanta como sorprehendida.

Fel. ¡Señor!

Jul. ¡Papá! *Le abraza.*

Roq. Me ha conmovido en extremo
el oirle.

Fel. Siempre lo he dicho.
El amo es sensible, tierno.
Vete ya, y cuidado. *Al oído á Julianito.*

Roq. A Dios.

Jul. A Dios, papá: despues vuelvo. *Vase.*

Roq. ¡Me agradan tanto sus gracias!

Fel. Muy interesantes: cierto
que Jorge es feliz.

Roq. Si lo es.

Fel. Se halla dichoso en el seno
de una esposa que le adora,
y ambos al lado estan viendo
su imágen viva en el niño.

Roq. ¡Ay Dios!

Fel. Tambien yo me acuerdo
que en mi niñez era el gozo
de mi padre: ¡qué perfecto
señor! de todos sus hijos
á nadie con mas extremo
quiso que á mí; ¡ya se vé!
me tuvo ya siendo viejo,

de sesenta años, y estaba
su amor propio satisfecho:
la hija de su vejez
me llamaba en el exceso
de su placer.

Roq. ¡Sesenta años!

Fel. Sí señor: estaba aun fresco
y sano... así como vm.;
ni es mucha edad... ¿Mas qué es eso?
¿estais pensativo?

Roq. No.

Fel. ¿Qué teneis?

Roq. Nada.

Fel. Yo advierto
en el semblante... á ninguno
le faltan, señor, sus duelos.
Aquí donde vm. me vé,
aun quando callo, padezco.

Roq. ¿Vm.?

Fel. Sí señor: querria
decíroslo, y me avergüenzo.

Roq. ¡Qué necedad!

Fel. Yo venia
á pedirle á vm. consejo.

Roq. Sobre qué.

Fel. En una palabra,

Ambrosio quiere que luego
sea su esposa.

Roq. ¿Cómo? ¿cómo?
diga vm.

Se sienta, y la hace sentar á su lado.

Fel. Ha mucho tiempo
que me importuna, señor,
y por mas que le desprecio
nada consigo: en fin, dice
que si hoy mismo no resuelvo,
desistirá. Este es el caso:
con que amo mio, ¿qué debo
hacer?

Roq. Me sorprehende vm.,
y á la verdad, yo no acierto...

Fel. Ambrosio es un hombre honrado,
bien lo sabe vm., muy recto;
¡pero es tan duro!... y en fin,
es un asunto tan sério
el matrimonio.

Roq. Sí: es fuerte
de condicion; pero el genio
se suaviza, siendo vm.
tan cariñosa, y sabiendo
manejarse.

Fel. ¡Ah! ¡sí lo soy!

Nació para el himenéo
mi corazon, y en verdad,
á no ser la ley que os tengo,
estuviera ya casada.
En mi primer casamiento
no se consultó mi gusto;
fuí forzada, y con todo eso
en la vida se quejó
mi Justo, que esté en el cielo,
de mí... ¡cuidándole siempre
con un amor, un esmero!
Roq. Sí: qualquiera juraria
que le amabais en extremo.
Fel. Pues ahora bien, ¿qué sería
si hallase un marido bueno
de mi eleccion, de mi gusto,
un hombre formal?
Roq. Lo creo.
Fel. No me agrada, ni tampoco
me conviene un jóven.
Roq. Cierto.
Fel. Fuera de esa edad, qualquiera
me acomoda; yo confieso
que un hijo así pequeñito
es un delicioso objeto;
solo uno desearía,

uno no mas, ¡qué contento!
¡Me parece que ya estoy
viéndole saltar enmedio
de su padre y de mí, á entrambos
halagándonos risueño,
aumentando nuestro amor!...
¡ay! entónces ¡qué embeleso

Le toma la mano como arrebatada.

fuera el nuestro!... digo el mio.
y el del esposo que el cielo
me hubiese dado. Con todo,
no presuma vm. que siento
aquí la viudez. ¡Jesus!
muy dichosa me contemplo;
y sabe Dios que quisiera
acabar con vos el resto
de mis dias.

Roq. ¡Ah! señora,
me enternece vuestro afecto,
me penetra.

Fel. Ya vé vm.
con quánto gusto me empleo
en servirle: el mayor gozo
es para mí el complaceros;
y en verdad que he derramado
muchas lágrimas por ello.

Roq. ¿Cómo, señora?

Fel. ¡Ay, señor!
por vm. he sido objeto
de la malicia; han querido
comprometer mi respeto
y mi honor, interpretando
sobre el amor que os profeso.
Ya se vé, aun quando quisiera
desmentirles con mi aspecto
ó con mi edad, no es posible;
y entretanto estoy sufriendo
que sospechen...

Roq. ¿Qué sospechan?

Fel. ¿Qué han de sospechar? que os quiero,
y que vm. me corresponde;
que estamos ya de secreto
casados: el mismo Cárlos
me creyó los dias primeros
ama en realidad. A mí,
si he de decir lo que siento,
no me importa que murmuren,
pues si os estimo, obedezco
á mi corazon... Ahora,
siendo tan sensible y tierno,
¿le entregaré á una persona
áspera?

Roq. No. Ya no apruebo
el casarse con Ambrosio:
de ningun modo; su pecho
no es digno de tal terneza.
Fel. Tal vez yo me lisonjeo
á mí misma; pero juzgo,
amo mio, que merezco
mejor fortuna... ¡Pasar
toda la vida sirviendo,
aislada, la que pudiera
hacer feliz!... Desfallezco
al mirar mi situacion.
Roq. Doña Felisa... no acierto *Arrebatado.*
á resistir... cada vez
nuevos encantos advierto
en vm.... yo me arrebato...
me han conmovido en extremo
vuestras palabras.
Fel. ¿Qué valen
mis palabras? ¡Ah! si un tiempo
fuera dable... que enlazados...
¡ay! entónces yo protesto
que hallára vm. nuevos dones,
que hasta ahora tiene encubiertos
mi humillada situacion.
Roq. ¡Tarde, tarde considero *Con mayor viveza.*

quánto he perdido! ¿Y yo pude
ver con frialdad y desprecio
tantas gracias?

Fel. ¡Si supierais
quántas lágrimas, quán tiernos
suspiros tengo exhalados
por esta pasion!... no acierto
á hablar, señor... el rubor...

Se levanta fuera de sí, y la toma la mano.

Roq. Escuche vm... no hay remedio:
vm. me encanta, y es fuerza
declarar...

Al oir á Ambrosio Don Roque queda turbado, y Doña Felisa demuestra suma impaciencia.

Ambr. No tengas miedo; *Dentro.*
sube al instante.

Fel. ¡Dios mio!

Roq. Suena gente...

Fel. En un momento,
¿decia vm.?...

Roq. Y es Don Ambrosio.

Fel. ¡Triste de mí! ¡á qué mal tiempo!

SCENA IX.

Doña Felisa, Don Roque, Ambrosio y Laura.

Ambr. Mi amigo, Torres, envia
esta niña, que presento
á vm. Es juiciosa, dócil,
y de muy buen nacimiento.
Fel. ¿Para qué?
Ambr. Para que ayude
á vm. en todo el gobierno
de la casa; ha tantos dias
que andaba buscando...
Fel. ¡Bueno!
¿Acaso yo necesito?...
Ambr. La necesita vm.: cierto.
Hemos trabajado mucho,
y es justo que descansémos.
Señor, espero que vm.
no me desayre.
Fel. En efecto,
por venir por Don Ambrosio
admítala vm, no quiero
meterme en nada: me voy,
y que decida. *Vase.*

Ambr. ¡Qué genio!

Laura. ¡Infelice Laura! apénas *Aparte.*
llegaste, empiezan de nuevo
tus quebrantos.

Roq. Hombre, yo
á decidir no me atrevo;
por mí, que quede en buen hora;
pero si el ama...

Ambr. ¡O! yo ofrezco
persuadirla: voy allá,
y al instante la convenzo. *Vase.*

SCENA X.

Don Roque y Laura.

Laura queda á un extremo del teatro, denotando en sus actitudes, temor y afliccion. Don Roque se paséa hablando consigo mismo.

Roq. No hay duda, me ama: ese enojo
nace solo de su zelo.
Ya no soy tan infeliz.
Me ama: la amaré; y al ménos
al morir habrá quien llore
sobre mis cenizas... ¿Pero
en mi edad?... ¿quién me diria
allá en mis años primeros?...

¿Qué importa? Si mis errores
me apartáron del mas recto
camino de la virtud,
hoy otro seguro emprendo.
Viviré en paz; sus caricias
animarán el invierno
de mis años... ¿qué tendrá
esta muchacha? yo advierto
en su semblante un candor
de un ángel. ¡Ah! tambien luego
con una familia honrada
será mi gozo completo.
Ella suspira, ¿qué tienes?

Laura. Nada, señor.

Roq. Si yo veo
que suspiras.

Laura. No extrañeis
el que muestre mi consuelo
en mis suspiros; me habeis
amparado, y solo siento
el no poder con mi labio
mostrar mi agradecimiento.

Roq. Aquí te se tratará
como hija; yo me intereso
desde hoy en tu bien: me encanta
tu hablar tan dulce y sincero,

tu modestia.

Laura. En la muger
es obligacion.

Roq. Me alegro
de què te adornen principios
tan sólidos.

Laura. No poséo
otros bienes: es la herencia
única que me pudiéron
dexar unos padres pobres
y virtuosos.

Roq. ¿Con qué fuéron
pobres? ¿he?

Laura. Sí señor: eran
respetables aunque puestos
en la clase en que abatido
el hombre vive contento,
si puede con su sudor
bañar un pan duro y negro.
En fin labradores eran.

Roq. Yo al mas pobre le prefiero
á un rico ocioso.

Laura. En las horas
consagradas al sosiego,
su placer era formar
mi corazon: sus preceptos

sencillos, como sus almas,
se grabáron en él presto,
que aun era mas persuasivo
que sus palabras, su exemplo.
¡Padres de mi amor! ¡si hubierais
visto á la que fué el objeto
de vuestras caricias sola,
huérfana en pais ageno!

Roq. ¿Con qué han muerto?

Laura. Sí señor;
un accidente funesto
me arrebató á mi buen padre,
y mi madre á poco tiempo
le siguió.

Roq. ¡Perder así
sus padres! ¡padres tan buenos!
Ya ves, no los conocí,
y los amo y los venero.

Laura. ¡Quánta bondad! Sin embargo,
no me ha despojado el cielo
de todo: tengo un amigo,
un amigo verdadero,
que es el que me ha acompañado
en mi viage.

Roq. Segun eso
¿tú eres aquí forastera?

Laura. Sí señor...
Fel. ¡Laura! *Dentro.*
Laura. Mas pienso
que me llaman.
Roq. ¡He! no importa.
¿Pero con algun objeto
habrás venido?
Laura. No hay duda:
oidle, señor. Mi sincero
amigo, el único apoyo
que hay en todo el universo
para mí, con quien un dia
ser afortunada espero,
tiene aquí un pariente rico;
pero sordo á sus lamentos.
Cansado el infeliz, quiso
hacer el último esfuerzo:
eres virtuosa, me dixo
un dia; tu rostro halagüeño,
tu virtud y tu desgracia,
tal vez moverán su pecho
mas que mi llanto. Creile:
sus labios no conociéron
nunca el engaño: al instante
como hermanos emprehendémos,
casi mendigando, el viage:

en fin, llegamos al pueblo...

Roq. Llegasteis, ¿y qué?

Laura. ¡Dios mio!
¡quál fué su recibimiento!

Roq. ¿Con indiferencia?

Laura. Así
nos hubiera sido ménos
doloroso: nos negó
la entrada.

Roq. Pues desde luego
tendrá el tal un corazon
de bronce.

Laura. ¡Ah, señor! es bueno:
es humano: los extraños,
á quienes fia el gobierno
de su casa, y de sí mismo,
son los que le han impuesto
en nuestro mal.

Roq. De ese modo
es débil. Vaya, yo quiero
encargarme de mover
ese hombre inflexîble; irémos
tu amigo y yo...

SCENA XI.

Dichos y Doña Felisa.

Sale muy acelerada, y se encara con Laura.

Fel. ¡Todavía!
Roq. ¿Qué busca vm.?
Fel. Sí: ya veo
que os incomodo.
Roq. ¿Y en qué?
Fel. No sé: serán los secretos
de la criada importantes
sin duda. Hace ya lo ménos
una hora que os está hablando,
y á fé, que tales misterios
me disgustan.
Roq. ¿Y por qué
la disgusta á vm. que hablémos?
Fel. Es verdad: os interesa
su conversacion: entiendo.
Roq. De su educacion estaba
hablando.
Fel. ¡Asunto muy bello!
Vaya vm. al gabinete.
Laura. ¿Y qué he de hacer?

Fel. Allá dentro
se lo dirán; y despues
tambien las dos hablarémos.

Laura. Señor, dadme resistencia, *Yéndose.*
que á tanto penar ya cedo. *Vase.*

Se paséa por el teatro.

Roq. Es necesario tratarla
con suavidad.

Fel. ¡Buen consejo!

Roq. Es sensible.

Fel. ¿Y qué? ¿soy yo *Con dulzura.*
insensible?

Roq. No por cierto;
pero es muy interesante.
Tiene...

Fel. Sí señor: convengo
en que es dócil. Mas hablando
de otra cosa, ¿aquel acento
dichoso que os estorváron
pronunciar?...

Roq. Y además de eso
tiene excelentes principios,
gracia, modestia y talento.

Fel. ¡Ay, Don Roque! ó yo me engaño,
ó un extraño movimiento

os agita.

Roq. Me han gustado
sus máxîmas, lo confieso.

Fel. ¿Con que solo quiere vm.
hablar de ella? ¿y un momento
ha podido hacer se olvide
de otros objetos?

Roq. ¡Qué empeño!
¿no he de hablar de ella, si es buena?

En tono de cólera que va aumentando hasta el fin de la scena.

Fel. Vm. ha perdido el seso:
ya es burlarme.

Roq. Es que vm. tiene
hoy mal humor.

Fel. Me impaciento
de que una sirvienta...

Roq. ¿Y qué?
Ese es un realce nuevo
para su virtud.

Fel. ¡Don Roque!
ya me falta el sufrimiento.

Roq. ¿Por qué, señora?

Fel. Porque
en el alma la aborrezco.

En fin, en casa es inútil:
¿de qué sirve? Yo resuelvo
que se vaya.

Roq. ¿Irse? ¿quién? ¿Laura?
os chanceais.

Fel. No me chancéo.

Roq. ¿Cómo?

Fel. ¿Y está vm. dudoso?
¿A la que con tanto esmero
le ha servido á vm., prefiere
una muger?...

Roq. No prefiero
á nadie; pero yo soy
incapaz de un rompimiento
fuera de sazon.

Fel. Muy bien.
¿Ese es el voto postrero
de vm.? pues escuche ahora
mi decision: al momento
es menester que salgamos
una de las dos.

Roq. Sosiego,
señora: ¿qué impide, Laura,
á que yo os ame?

Fel. No hay medio;

ó despida vm. á Laura,
ó bien á mi: no consiento
mas dilaciones.

Encolerizándose por grados hasta el fin de la scena.

Roq. Jamas,
jamas he visto otro genio
mas tenaz.

Fel. ¡O Laura, ó yo.

Roq. ¡Cuidado qué!... ya no puedo
sufrir mas... váyase vm.
si le acomoda.

Fel. ¡Ah! comprehendo
el arcano: la ama vm.

Roq. No, esō no; pero supuesto
que ella no ha dado motivo,
no saldrá; yo la defiendo. *Vase.*

Dice el primer verso con suma humildad y dulzura, y en ademan de ir á detener á Don Roque.

Fel. Perdone vm... amo mio...
¿Qué he escuchado? ¿es éste el mesmo
que yo juzgaba rendido?
¡incauta! ¿por un rezelo
futil habré malogrado

tanto afan, tantos desvelos ?...
¿Mas qué digo? ¡malograrse!...
Ha sido el rapto primero
de la cólera; despues
podrá calmarse... yo tengo
la culpa: continuamente
á Ambrosio estoy previniendo,
y yo soy mas imprudente
que él... No importa,
aun hay remedio.
Bien léjos de desmayar,
conviene tomar aliento.
¡Amigo Cárlos!

SCENA XII.

Felisa y Jacinto.

Jac. Señora.
Fel. ¡Ay! ¿sabes que me he indispuesto
con el amo?
Jac. ¿Cómo? ¿vos?
¿por qué?
Fel. Porque me intereso
en su bien. Como esa Laura
no hace falta, le aconsejo

que la despida: se pone
al instante tan soberbio,
tan tenaz en defenderla...
Yo previniendo los riesgos
le amenacé, con que al punto
una de las dos habrémos
de salir. ¿Ahora creerás
que ha tenido atrevimiento
para decir que me vaya,
si quiero, baxo el supuesto
de que Laura ha de quedarse?
Jac. Ciertamente, me sorprehendo.
Es verdad que él es afable;
pero al fin es amo.
Fel. Cierto.
Yo tambien sin reflexion...
ya se vé, me causa tedio
solo el verla.
Jac. ¿Con qué en nada
os ofendió segun eso?
Pues amiga, si Don Roque
está con ella contento,
¿á qué incomodarle? ¿á qué
si no teneis fundamento
para temerla, quereis

agraviarla?

Fel. El mal está hecho:
lo que importa es repararle.

Jac. Eso es muy fácil: en siendo
esposa del amo, Laura
no os causará detrimento.

Fel. ¡Ay, amigo! ya juzgaba
por seguro el casamiento,
y solo por mi imprudencia
le he atrasado.

Jac. Pero luego
os reconciliais...

Fel. Sí, al punto:
aun quando me humille. Espero
que me favorezcas.

Jac. Bastan
vuestro rostro y vuestro ingenio
para vencerle.

Fel. Con todo,
no me abandones, te ruego.

Jac. Jamas, señora... Ya viene,
y muy pensativo.

Fel. ¡Bello
anuncio! Déxanos solos,
que importa no perder tiempo.

SCENA XIII.

Doña Felisa y Don Roque.

Sin ver á Doña Felisa, que estará á un extremo del teatro sentada.

Roq. Soy desgraciado, lo soy.
¡Cómo me porto con ellos!
¡y cómo me pagan! ¡vaya!
¡Y Doña Felisa! pero
tambien yo me precipito;
fuí demasiado ligero:
me propasé...
Fel. ¡Ay! ¡demasiado! *Sollozando.*
Sin piedad, sin miramiento...
Roq. ¡O! ¡que ahí estabais, señora!
Fel. Este es de mi afan el premio.
¡Ay de mí! despedazar
un corazon puro y tierno,
que nunca pudo esperar
semejante tratamiento
del que amaba.
Roq. Si ya digo
que me excedí; si confieso
que no he sabido...

Fel. Despues
de este golpe tan acervo
aborrezco el mundo; iré
á buscar el mas secreto
retiro, y allí ignorada...

Roq. Vaya, por Dios, que olvidemos
lo pasado.

Fel. ¡Ay! nunca, nunca
lo olvidaré.

Roq. Todo aquello
fué una vagatela, nada.

Fel. Ya sé el amor que os merezco:
ya lo conozco; lo visto
me basta para escarmiento.

Roq. Doña Felisa, señora:
creame vm., soy siempre el mesmo,
siempre; y mis palabras son
leyes para mí.

Fel. ¡Qué intenso
será el amor, quando así
me despide vm.!

Roq. Primero
fué vm. quien se despidió.
Yo, no hay duda, tengo el genio
muy vivo; pero despues,

ya lo vé vm., me arrepiento.
¿Y aun se mantiene vm. firme?
¿obstinada?...

Fel. Me mantengo
firme en serviros, y en que
esa Laura...

Roq. Que no hablémos
mas de Laura; la aseguro
que en esta muchacha encuentro
muchas virtudes. ¿Amarla?
no señora. ¿Estaba ciego,
ó loco? ni era posible.
En fin, si nuestros deseos
se logran, siempre es preciso
recibir...

Fel. ¿Con que no tengo
que temerla?

Roq. No: en la vida.
Sobre todo yo no puedo
por una leve contienda
dar lugar á un rompimiento.

Fel. Pues yo ya habia jurado
en mi interior...

Roq. ¿Con que debo
esperar?... ¡He! no dudeis.

Fel. Qué mas quiere vm. Ya cedo;
vuestra soy.
Roq. ¡Muger amable!
tú eres todo mi universo.

SCENA XIV.

Los dichos y Ambrosio.

Ambr. ¿Parece que vm. despide
á Laura? Yo no tolero
tal desayre.
Roq. No hay tal cosa.
Ambrosio, ántes conocemos
que es muy buena.
Fel. Sí: yo misma,
aunque al principio me he opuesto,
veo que es útil.
Ambr. Está bien.
Fel. Y ahora mismo voy adentro
á instruirla, para que acierte
á serviros con esmero. *Vase.*

Se pasêa dirigiendo, segun indican los versos á veces la palabra á Don Roque, que estará sentado y profundamente pensativo.

Ambr. Me parece que bastaba

que mi amigo Don Anselmo
la enviase, para que todos
la miráran con aprecio:
que yo tampoco he dexado
de informarme de secreto,
y á una voz la alaban quantos
la conocen. A mas de eso,
¿hay mas que ver su modestia,
su compostura, su aseo?
¿No es verdad? ¿Y de salario
qué la daré? Vm. es dueño.
¡Señor! ¿oye vm.? ¡qué flema!
Está con el pensamiento
mil leguas distante; acaso
si ya el ama de gobierno
le consultó... ¡Señor!... ¡vaya!
que el tal señor es molesto.
¡Señor!

Roq. Espérate: mira
que me hace falta dinero.

Ambr. ¿Y el que trage?

Roq. Necesito
mas.

Ambr. Pues todos los renteros
han pagado: ya lo he dicho.

Yo aunque quisiera, no tengo
un quarto. Se venderá
una casa, no hay remedio.

Roq. Hombre, ¡vender!

Ambr. Pues si no,
busque vm. un usurero
que le preste: ya lo he dicho.
Es menester un plan nuevo
de economía: entre tanto
que vm. maneje el dinero,
¿qué ha de suceder? Si yo,
que me parece lo entiendo,
me embarazo en muchas cuentas,
vm. que dexó el comercio
tanto tiempo hace, ¿qué hará
puesto en negocios agenos
de su inspeccion?

Roq. Bien está:
vende el solar mas pequeño.

Ambr. Si es así. Pues al instante
voy de modo á disponerlo,
que gane vm., si es posible,
la mitad.

Roq. Te lo agradezco.

Ambr. En esta venta podré *Aparte.*

ganarme yo el diez por ciento. *Vase.*

Despues de alguna pausa.

Roq. Sí: es lo mejor; no es posible
el traspasar los derechos
de naturaleza. Es mi hijo:
si fué ingrato, si perverso,
no por eso debo yo
abandonarle; y aun puedo
esperar... ¡ah! ¡si algun dia
le viera!... ¡inútil deseo!
Ahora ¿á quién encargaré
este asunto? Jorge es bueno,
pero pudiera perderle
por un cariño indiscreto.
Doña Felisa y Ambrosio
no lo aprobarán, lo veo.
Si Cárlos... Cárlos es fiel:
su virtud y su talento
justamente le hacen digno
de mi confianza. Ni tengo
que descubrir... ¿para qué?
Le diré lo que pretendo,
sin nombrar á nadie. En fin,
le hablaré. ¡Cárlos! Ya advierto *Llamando.*
cercana mi dicha, ¡ay Dios!

la dicha que cabe á un pecho,
qué tarde siguió la senda
de la virtud. A lo ménos
con una amable familia...
Llamando con campanilla.
¡Cárlos! ¿No está en su aposento?

SCENA XV.

Don Roque y Jacinto.

Jac. Señor.
Roq. Mira, voy á darte
una prueba del aprecio
que hago de tí.
Jac. ¡Quán dichoso
en serviros me contemplo!
Roq. Buen amigo, me parece
que hoy mismo hice recuerdo,
hablando contigo, de un
pariente cercano.
Jac. Es cierto,
é inferí que era la causa
de todos vuestros tormentos.
Roq. Tú lo dixiste. El sería
de mi corazon el dueño,

si ménos malvado...

Jac. ¡Qué!

¿os ha ofendido en efecto?

Roq. ¡Ah! continuamente.

Jac. ¡Cómo!

Roq. Perdóname, si reservo
abrirte mi alma á ocasion
en que mas despacio estemos.

Jac. Bien, señor; pero si acaso
vuestra confianza merezco,
yo os pido no os olvideis
de esa promesa. Rezelo
que no es tan culpable, no;
que de la envidia el veneno...

Roq. ¡Oxalá que fuera así!
en fin, perdónele el cielo.
Yo tengo que disponer
de mis bienes, y no quiero,
siendo un hombre infame, darle
con mi socorro fomento
á sus vicios; mas tampoco
á abandonarle me atrevo.
Si tiene hijos é inocentes,
pagan los enormes yerros
de su padre, abandonados

á la miseria... no pienso
una vez en esta imágen
sin lágrimas... Eso intento;
saber si tiene familia,
si está pobre.

Jac. ¡Qué violento *Aparte.*
me es el callar! ¡Almas viles!
¡de qué corazon tan tierno
me habeis privado!

Roq. ¿Qué tienes?

Jac. No extrañeis, si me enternezco.
Mas perdonad que os pregunte,
¿con qué fin quereis saberlo?

Roq. Para tenerlos presentes
al hacer mi testamento.
¿No te parece?

Jac. ¿Y en tanto
han de padecer? Yo pienso
que esa donacion carece
de mérito. El opulento
vé ya abrirse su sepulcro:
¿qué mucho, si huyó ya léjos
la esperanza de gozarlos,
que ceda entónces muriendo
sus tesoros?

Roq. Pero entónces
da una prueba de su afecto
á la persona, á quien quiere
elegir por heredero.
Jac. ¡Y qué estéril fué el cariño,
que escuchando los lamentos
de la indigencia, guardó
hasta el postrimer aliento
sus auxîlios! ¿y qué vale,
quando ya le encubre el velo
de la muerte? Ya sus dones
parecen mas bien efecto
del amor propio. *Yo mando,*
yo quiero, son los primeros
vocablos que se descubren
en qualquiera testamento.
Parece que de la vida
se extingue al fin el imperio,
y aun el de la voluntad
quiere hacerse mas extenso.
Roq. Tienes razon. Cada vez
admiro mas tu talento
y tu virtud: ¡qué bella alma!
Yo por ahora suspendo
mi intencion. Es menester,

(amigo, fio en tu zelo)
es menester informarse
del estado de mi deudo.
Tú buscarás quien conozca
en dónde está algun sujeto...
Jac. ¿Dónde está? decidme.
Roq. En Cuellar
está ya hace mucho tiempo.
Jac. ¿En Cuellar? Pues cabalmente,
en nuestra casa tenemos
quien lo sabrá.
Roq. ¿Cómo?
Jac. Laura
es natural de ese pueblo,
y recien venida.
Roq. ¡Laura!
¡No sabes quánto me alegro!
¡es muy amable!
Jac. ¿Quereis
que la llame?
Roq. Sí: pretendo
exâminarla, y despues
informarme de secreto
por quien ella diga. Antes
voy á prevenir, que quiero

recogerme, para que
nadie venga á mi aposento.
¡Laura! Se estremecerá *Yéndose.*
al contar sus desaciertos. *Vase.*
Jac. Llegó el instante, llegó
mi ventura. !O! Dios inmenso,
defensor de la inocencia,
pon en sus labios el fuego
de la virtud, que nos abra
de mi triste padre el seno.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Don Roque y Laura.

Laura. ¿Cómo le hablaré?... ¡Buen Dios! *Ap.*
sosten mis débiles fuerzas.
Roq. Laura, acércate.
Laura. Señor.
Roq. ¡Si supieras que no cesa
de ofrecerse á mi memoria
tu desgracia!
Laura. Ya aunque fuera
mas cruel, con ménos susto

mi corazon la recuerda,
habiendo podido á vos
interesaros.

Roq. Qualquiera
se interesára.

Laura. ¡Ah, señor!
mi gratitud será eterna.

Roq. Se me olvidó preguntarte,
¿de dónde eres?

Laura. Soy de Cuellar.

Roq. ¿Y nunca de allí saliste?

Laura. Allí ví la luz primera;
y allí mi morada ha sido
hasta ahora.

Roq. ¿Es buena tierra?

Laura. A lo ménos desconocen
sus moradores la negra
perfidia de las ciudades:
y á lo ménos allí alienta
libre la virtud.

Roq. Con todo,
aunque mas los buenos sean,
tambien malvados habrá.
Y una villa que no dexa
de ser freqüentada, al fin...

y pienso que allí hay bandera
de Dragones.
Laura. Sí señor.
Roq. Y aun deberá estar en ella
un soldado, que por ser
mi pariente, me avergüenza.
Laura. ¿Quién es? Le conoceré
tal vez.
Roq. ¡O! no me interesa
casi nada; y luego ¿cómo
es posible que tú sepas
entre diversos?..... Su nombre
es Jacinto de Contreras.
Laura. Le conozco.
Roq. ¿Le conoces?
Laura. Sí señor.
Roq. ¿De qué manera?
Laura. Por su virtud. Un acaso,
ó mas bien la providencia,
le traxo á mi casa á tiempo
que el dolor y la miseria
nos cercaba. Su bondad
nos salvó; la menor deuda
fué la vida de mi padre:
á él se la debí. ¡Ah! sus prendas,

dignas de mejor fortuna,
el afecto le grangean
de todos: honrado, justo,
sencillo...
Roq. ¡Vaya! esas señas
son de otro. Si el que yo digo
tiene el alma mas perversa.
En nada absolutamente,
en nada éste se asemeja
al que dices. Ha cubierto
á su familia de afrenta:
se huyó, sentó luego plaza;
y al último, para enmienda,
se ha casado allá en tu pueblo
con una vil mugerzuela,
incógnita, desastrada;
en fin, una aventurera.
Laura. ¡Ah! no lo creais: es falso;
es falso, señor. Contreras
se casó; pero su esposa,
desde su infancia primera,
aprendió virtud, y siempre
en su pecho la conserva;
inocente en sus acciones,
cándida, dulce y modesta.

Se enamoró de un soldado,
es verdad: ¿y qué, si él era
digno de su amor? Sus padres
bendixéron con inmensa
alegría su eleccion:
desde entónces en pobreza
han vivido; pero siendo
exemplo de una perfecta
y santa union... ¡Almas viles!
¿en qué pudo su inocencia
ofenderos?...

Roq. Pero, Laura:
¿qué es esto? ¿por qué te empeñas
en defenderla?

Laura. ¡Ay señor!... *Con entusiasmo.*
yo me defiendo á mí mesma.

Roq. ¡Qué! ¿serás tú?...

Se arroja á sus pies llorando.

Laura. Sí: yo soy
vuestra desgraciada nuera;
perdonad: ¡para callar
me faltó la resistencia!

Roq. ¡Buen Dios! ¡es posible! ¡Laura!

Laura. Sí señor: ved aquí llena
de desconsuelo á la esposa

de vuestro Jacinto; vedla
implorar vuestra piedad
por el infeliz, que fuera
víctima de la perfidia.

La levanta.

Roq. Alza, hija mia: no temas.
Laura siempre es á mis ojos
amable; pero no creas
que por eso Jacinto es
ménos culpable. Tú intentas
disimular sus errores
conmigo, porque eres buena
esposa. Sí: tu candor
desde ahora te liberta
de su odiosa compañía;
mas él...

Laura. ¡Ah! romped la niebla
que os encubre sus virtudes,
y perdonadle en su ausencia
hasta que le conozcais.

Roq. ¡Conocerle! Nunca sea.
Yo sé bien que habrás venido,
porque su maldad te era
insoportable; y sin duda
á ver si viéndote puesta

baxo mi amparo, cedia
y lográbamos su enmienda.
Te ampararé; sí: te ofrezco...

Laura. ¡Ah, padre mio! que os ciega
el error. Jacinto es digno
de vuestro amor y terneza.
Tambien vos mismo ultrajabais
engañado la inocencia
de su esposa: vuestro hijo
ha sido tambien, qual ella,
acusado injustamente.

Roq. En quanto á tí no se niega;
pero de él he tenido
datos de mucha certeza.
En fin, yo me informaré...

Laura. Escuchadme ántes siquiera.

Roq. Luego hablarémos. Ahora
conviene no dar sospechas
á la familia. Hablarémos:
me dirás quanto tú quieras;
pero, hija mia, te encargo
que guardes silencio: es fuerza
disimular. Solamente
voy á decir que mi nuera
eres, á Doña Felisa.

Se ha de alegrar, que es muy buena.
A Dios.
Laura. Mirad que impaciente
ya mi corazon desea
desahogarse en vuestro seno.
Roq. Volveré. ¡Qué alma tan bella! *Vase.*

SCENA II.

Laura, Jacinto, y despues Jorge.

Jac. ¡Esposa mia! *Se abrazan.*
Laura. ¡Jacinto!
Jorge. Vamos, no hay que andar en fiestas:
se lo va á contar al ama,
y levantará una gresca
de mil diantres. Mejor es,
que aquí vm. no se detenga.
Jac. Sí, mi bien: retírate
á tu quarto ántes que venga.
Laura. Dios vela sobre nosotros.
Ya yo triunfé: nada temas. *Vase.*
Jorge. Pues ahora voy á hacer
lo que dixe á vm. Es fuerza
indisponer á Madama,
y al Ambrosio con cautela.

Voy á buscarle, y decirle
que su amada compañera
le está burlando, y dirige
entretanto sus idéas
á enganchar al amo.

Jac. ¡O! no.
De ese modo manifiestas
mi secreto.

Jorge. ¡Qué reparo!
Es lícito encender guerra
entre enemigos comunes.
Ambrosio apénas lo sepa,
se enfurece con Madama:
todo será gritos, quejas,
amenazas... Es un gusto
el presenciar la contienda
de dos malvados. Sin eso,
¿quándo los buenos pudieran
sosegar? Voy, voy allá. *Vase.*

Jac. De la amistad verdadera
he aquí un exemplo. Los malos
tal vez cómplices encuentran;
pero amigos solamente
permite el cielo que sean
los buenos.

SCENA III.

Jacinto, y Doña Felisa muy acelerada.

Fel. ¡Ah! ¡Cárlos, Cárlos!...
¿no sabes ya... (yo estoy muerta)...
la novedad?...
Jac. ¿Quál, señora?...
Fel. Que Laura, amigo, es su nuera:
se le ha descubierto.
Jac. ¿Cómo?
Fel. ¡O! la noticia es bien cierta.
Jac. ¿Pues quién pudo?...
Fel. El amo mismo
me lo ha dicho.
Jac. ¿Con que es esa
la muger del hijo?
Fel. ¡Ay! sí.
No eran vanas mis sospechas;
mi corazon no es traidor:
¡si desde la vez primera
me disgustó! Mira tú,
quando mi dicha se acerca,
¡aparecerse! ¡frustrar
todo mi afan y cautela!

Amigo, ya es necesario
irme yo, si Laura queda.

Jac. ¿Pero temeis?...

Fel. Tú tambien
saldrás. Es preciso tengas,
siendo el privado, la suerte
que á tu protectora espera.

Jac. En verdad yo sentiré
mi desgracia por la vuestra.

Fel. Mas aun podémos hacer
de modo que salga ella,
y nosotros nos quedémos.

Jac. ¿Salir ella?

Fel. Sí.

Jac. ¿No os cuesta
repugnancia?

Fel. Hay un arbitrio,
que es sostener, y dar pruebas
de que no es muger del hijo.

Aparte.

Jac. ¡O Dios! ¡qué maldad! ¡qué negra
traicion! ¿Mas cómo, señora?

Fel. Tengo la trama dispuesta,
y me ha de servir el mismo
Jacinto.

Jac. De qué manera?
Fel. Viniendo una carta suya
en que dé á entender que en Cuellar
está su esposa.
Jac. ¡Qué he oído? *Aparte.*
¡cielos!... ¿quereis contrahacerla?
Fel. ¡O! no: que entónces sería
una impostura tremenda.
¿Cómo habia de atreverme
á cometer tal vileza?
Y sobre todo, que el amo
conoce muy bien la letra.
Eso no, amigo. Ya sabes
que en mi poder se conservan
muchas cartas de Jacinto...
Jac. ¿Y bien?
Fel. Nos sirve una de ellas.
Jac. ¿Y la fecha?
Fel. Se le muda.
Ambrosio luego aparenta
haber estado con Torres,
de quien ella traxo esquela,
y con una relacion
bien estudiada y compuesta,
dará principio al ardid:

yo mostrando resistencia
á creerle, al mismo tiempo
le apoyo con sutileza:
en esto viene la carta,
y ya es la victoria nuestra.
¿Qué tal?
Jac. ¿Y si ella quizá,
al amo entónces presenta
sus documentos?...
Fel. ¡O! no:
libre está de que él la vea.
Jac. ¿Estais segura?
Fel. Lo estoy,
como tú me favorezcas.
El amo queda á mi cargo,
y al de Don Ambrosio: y miéntras
tú, para que ella no entre,
cuidarás de entretenerla.
Jac. Me agrada el encargo. Ofrezco
el no separarme de ella.
Fel. Amigo, aquí viene el amo.
Todo mi talento apénas
me basta para fingir.
Retírate ya, y no pierdas
el tiempo.

Jac. En breve, señora,
vais á quedar satisfecha. *Vase.*

SCENA IV.

Felisa, y D. Roque profundamente pensativo.

Fel. ¿Parece, señor, que estais
conmovido? ¿qué os altera?

Roq. Es natural.

Fel. Cierto. ¿Y dónde
está?...

Roq. Me parece queda
en su quarto. Mas señora,
decid, ¿no es amable?

Fel. Es bella,
es excelente.

Roq. Al principio
os engañó.

Fel. ¿Quién lo niega?
Ahora que la conozco,
cierto que me da vergüenza.
A la primer vista siempre
se juzga con ligereza.

Roq. ¿Si nos habrá sucedido,
y mucho mas en la ausencia,
otro tanto con Jacinto?

Fel. ¡Ay, señor! ¡qué diferencia!
¡oxalá no nos sobráran
en contra de él tantas pruebas!
Sus cartas...
Roq. Sí: ya lo sé.
Con todo, en sus vícios ella
no tiene parte.
Fel. Ninguna.
Eso es juzgar con prudencia,
sin confundir al iniquo
con el bueno.
Roq. Sí: es muy buena:
tan modesta, tan humilde...
Fel. Y aquel ayre que interesa
desde luego. Bien que á mí
me basta ser cosa vuestra
para amarla.
Roq. ¡Qué bondad!
Fel. ¡O! mi pecho solo anhela
vuestra dicha.
Roq. ¡Qué muger!...
¿Pero Ambrosio tan de priesa?...
¿qué querrá?
Fel. Como acostumbra,
será alguna vagatela.

SCENA V.

Dichos, y D. Ambrosio muy apresurado, aparentando una gran sorpresa y turbacion.

Roq. ¿Qué es eso?
Ambr. ¡Ay, señor! estoy
de cólera y de vergüenza...
¡Qué infamia! Me han engañado...
¡Válgame Dios!... y qualquiera
se engañaría... Esta Laura,
que entró aquí por mi imprudencia...
Fel. Vamos, ya sé lo que quiere
decir...
Ambr. ¡O! ¡nadie lo acierta!
Fel. Y en verdad que no es motivo
para que vm. forme queja.
Ambr. ¡Voto va!... ¿Con que el saber?...
Fel. ¿El qué? que Laura es la nuera
del amo...
Ambr. ¡Todo al contrario!
Señora, ni lo es, ni sueña
en serlo.
Roq. ¿Qué no?... *Atónito.*
Ambr. Lo dicho.

Es una muger de aquellas,
que abundan tanto en el mundo.
Ahora me encontré á la puerta
á mi amigo, que venia
á avisarme á toda priesa
que le habian engañado
tambien, por no conocerla.
Volviendo siempre á mirar á Don Roque.
Fel. ¡Vaya! no creo...
Ambr. ¡Señora!
Oígame, y tenga paciencia.
Roq. Será algun cuento.
Ambr. No es tal.
Escuchen vms. Ella,
estuvo en Cuellar, y supo
que Jacinto tiene en esta
corte un pariente que dicen
ser rico: toma las señas,
indaga las circunstancias,
viene luego, y se presenta
fingiendo ser muger suya.
Este es el caso á la letra.
Roq. ¿Qué dices, hombre?
Fel. ¡Es posible!
Roq. ¡Vaya! ¡No dudes, intentan

halucinarnos, Ambrosio!
Aquel candor que demuestra...
Ambr. ¿El candor? ¡Ay, señor mio!
fie vm. en apariencias.
La tal niña sabe hacer
qualquier papel con destreza.
Conoció el genio de vm.,
y hétela al instante vuelta
una santa. Don Anselmo
me informó bien de sus tretas
y artificios.
Fel. ¡Pero qué!
¡fingir aquella modestia!...
Lo que sí tengo observado,
que á Jacinto no le mienta.
Roq. Si yo se lo he prohibido.
Ambr. ¿Y si su marido fuera,
lo cumpliria?
Fel. Es verdad.
Mostrar tanta indiferencia
no era fácil. Ahora bien:
¿y dónde el marido queda?
Ambr. Esa es otra.
Roq. ¿Qué sabemos?
Puede ser que no se atreva...

Ambr. ¡No atreverse!
Fel. Sí... ya, viendo
el favor que la dispensa
vm...
Roq. Pero su esperanza,
(yo pierdo el juicio) ¿quál era?
pues al fin tarde ó temprano
debia ser descubierta.
Ambr. ¿Quál era? estafarle á vm.,
y despues tomar soleta.
Fel. Hasta ahora no tenemos
mas que presuncion.
Roq. Y es fuerza
aclararlo; es menester...
Ambr. Despedirla.
Fel. ¡O no! prudencia.
Sin escucharle primero
á ninguno se condena.
¿No es verdad? *A Don Roque.*
Roq. Cierto que sí.
Llamarla á ver su respuesta.
Fel. Es así... ¿pero quién viene? *Levantándose.*

SCENA VI.

Dichos, y Julianito con una carta, que entrega á Doña Felisa.

Jul. Señora, esta carta...
Fel. Venga.
Pues de Cuellar es el sello.
Roq. ¿Qué dice vm.? Puede que ésta
nos sirva... ¡pluguiera al cielo!
¡Si Jacinto!... ¿pero en ella
qué dirá?
Fel. ¿Qué quiere vm.
que diga? Mil insolencias.
En el lugar de vm. yo,
la verdad, no la leyera.
Roq. Sí: puede ser que nos saque
de dudas.
Se la entrega, y Don Roque lee para sí.
Fel. Pues bien, leedla.
Roq. ¡Válgame Dios! Yo no entiendo
este lenguage: me llena
de confusion.
Fel. ¿Pues qué dice?
Roq. Es preciso la sorprenda

á vm. Dice de este modo.

En tono de lectura la prosa señalada con comas.

"Amado padre...

¡ah! ¡que aunque tarde, se acuerda
al fin de tan dulce nombre!

"Despues de haberos escrito veinte cartas, to-
"davía me atrevo á repetiros la memoria de
"vuestro hijo.

¿Qué veinte cartas son éstas?
¿señora? ¿quándo escribió?...

Fel. Yo no entiendo quáles sean:
tres solas se han recibido;
bien lo sabe vm.

Roq. ¡Qué idéa!

Fel. Pero siga vm. leyendo,
porque eso nada interesa.

Roq. "Laura, mi querida Laura, es quien me aní-
"ma á implorar de nuevo vuestra piedad. Ella
"baña con su llanto estos rasgos, dirigidos á un
"padre benigno. No desecheis, señor, su ruego.
"Se halla enferma sin poder salir de nuestro po-
"bre alvergue; y estas palabras, que me dicta,
"son hijas de su inocencia y su candor. Quiera
"el cielo que la cumplan su deseo de estrechar-

»se en vuestro seno paternal, juntamente con
»vuestro desgraciado hijo.

» Jacinto Contreras."

Lo que admiro en esta carta,
que es en todo muy diversa
de las demas.

Fel. No señor:
ahora no se detenga
vm. en eso. Otra cosa
es la que á mí mas me lleva
la atencion. Ahora sí
que confirmo mis sospechas.
¿No dice que Laura está
sin salir de casa, enferma,
que es quien le dicta la carta,
y que la baña con tiernas
lágrimas? Pues ya la trama
de esta otra es manifiesta:
no queda duda.

Ambr. En efecto:
es clara la conseqüencia.
Me alegro que haya un testigo
tan fuerte, para que vean
que quando hablo... ¡pero qué!
si yo tenia evidencia...

si Don Anselmo...

Con mucho sentimiento.

Roq. ¡Infeliz!
¡me ha engañado!

Fel. ¡Qué perversa!
Vamos, señor: á no verlo,
tampoco yo lo creyera.

Ambr. ¡Infame! Es una maldad
horrible. Mas no se pierda
el tiempo; voy al instante
á despedirla. Pudiera
una muger de esa clase
ocasionarnos mil penas
en un minuto: ¿quién sabe?
Hasta salir de la puerta
no la he de perder de vista.
Voy allá.

Roq. No, Ambrosio, espera.
Quiero verla, y despedirla
yo mismo. Dila que venga.

Fel. ¿Cómo? ¿vm.? ¡qué disparate!

Roq. Sí, yo mismo. Quiero hacerla
confesar, é intimidarla,
para que si acaso intenta
engañar en otra parte...

Fel. ¡Ah! no piense vm. en verla.
Nada ménos. La tal niña
desconoce la vergüenza,
y léjos de producir
un espíritu de enmienda
los consejos, al contrario,
viéndose ya descubierta,
Dios sabe lo que diria:
¡Jesus! ¡y una alma tan tierna
como la de vm.!... ¡si yo
es imposible pudiera
contenerme! ya se vé;
para un corazon que sea
sensible, hallarse engañado
es la pena mas acerba.
No, amo mio; esa traidora
conviene desaparezca
al momento. Echela vm.,
Ambrosio, ántes que anochezca,
sin escándalo ni ruido.
Ambr. Bien, bien. De esa diligencia
me encargo yo; ¿pero á qué
quiere vm. que se suspenda
hasta la noche? Ahora mismo
la recitaré mi arenga.

Roq. Sin tratarla mal.
Fel. ¡O! no;
ni hablarla con aspereza.
Que se vaya.
Ambr. Verá vm.
qué pronto libres nos dexa.

SCENA VII.

Dichos y Jacinto.

Al ir á salir Ambrosio, Jacinto se presenta, y le detiene: al oirle manifiestan todos grande sorpresa.

Jac. Suspenda vm., le suplico,
un instante la sentencia.
Fel. ¿Pues cómo?...
Jac. Escuchad, señor.
Me ha confiado sus idéas
Doña Felisa, y conviene
declararos quanto sepa.
Fel. ¿Y qué significa?.. Cárlos.
¿Por ventura se opusiera?...
Jac. Sí: se opone á la injusticia.
La verdad que hable le ordena:
ni es justo que por vm.

mas la inocencia padezca.

Fel. ¡He! ya infiero todo el caso.
Laura tiene gentileza,
es jóven, le ha enamorado,
y por eso se interesa
en su favor.

Ambr. Y no hay duda:
Doña Felisa lo acierta:
está patente el secreto.

Roq. No. Justo es que se le atienda.
Cárlos es hombre de bien.

Jac. ¡Ah, señor!... Si vm. no lleva
á mal contestarme... *A Doña Felisa.*

Fel. ¿A qué?

Jac. Perdonad mi impertinencia.
¿Decís que Jacinto ha escrito
una carta?

Fel. Sí: por señas
que ese sello... y sobre todo
el que conozca su letra
podrá afirmar...

Jac. Pues sabed
que ni él ha escrito de Cuellar,
ni ya está allí; no señora.
Está en la casa paterna

ha mucho tiempo. Por fin,
de una vez quede deshecha
vuestra intriga : soy yo mismo.

Cada uno debe manifestar diferente pasion, y en su situacion debe descubrirse la confusion, la admiracion, &c. El estudio de los actores vale mas que todas las advertencias que pudieran hacerse.

Fel. ¡O cielos!

Ambr. ¡Posible fuera!

Roq. ¡Qué! ¿Cárlos será?... ¡buen Dios!

A Don Roque con ternura.

Jac. Víctima fuí de la negra
perfidia de estos malvados.
Por ellos en la miseria
siempre he vivido : por ellos
incógnito en la presencia
de mi padre quise dar
á conocer mi inocencia.

Ambr. ¡Qué patrañas! ¡Vaya! todos
han perdido la chaveta.

Jac. Esperad. Yo mostraré
testimonios que os convenzan.

Saca una cartera, y de ella los papeles que expresa.

Fuí soldado; y ahí teneis,
padre mio, la licencia,
y una certificacion,
que mi conducta comprueba
durante el servicio. Pero
¡quán distintos, señor, eran
los informes de estos viles!...
Aquí está la fé de muerta
mi madre, que al fallecer
me encargó á vm. como prenda

A Doña Felisa.

de sus amores: mi fé
de bautismo; y en fin, estas
cartas, en que esa muger
me manda no comparezca
en Madrid, y me prohibe
que nunca á escribiros vuelva,
y... qué se yo... Sí señora
reconozca vm. la letra.

Presentándoselas á Doña Felisa.

Ved como logró despues
el reducirme á la extrema
necesidad de seguir
la milicia. Aquí lo expresa
esta razon del dinero

que me daba de asistencias.

Don Roque habrá ido leyendo de paso todos los papeles. Unas veces manifiesta la mayor confusion: otras compasion: echará algunas miradas de indignacion, é ira á Doña Felisa y Ambrosio, y queda luego sumamente agitado fixos los ojos en Jacinto.

¿Qué mas, señor?... pero ¡qué!...
Desechad todas las pruebas
que presento: oid tan solo
las inspiraciones tiernas
de la sangre: oid á vuestro
corazon: él os revela:
él clama que es vuestro hijo
el que con su llanto riega
vuestras plantas.

Se arroja á sus pies, y Don Roque le levanta despues de una breve pausa, y le abraza llorando. Así permanecen hasta que sale Laura.

Roq. Sí, hijo mio.

SCENA VIII.

Los mismos y Jorge.

Jorg. Y si alguna duda queda,
yo puedo ser buen testigo,

que desde su edad primera
le conozco. Sí señores:

A Ambrosio y Felisa.

ya no me muerdo la lengua:
la verdad es una : ello
me explicaré con rudeza;
pero quanto yo dixere
es la verdad pura y neta.

Viendo á Laura á la puerta.

¡Eh! Salga vm., señorita,
que ya no hay nadie que pueda
estorbaros el llegar.

SCENA IX.

Los dichos y Laura.

Sale precipitada á echarse á los pies de Don Roque, y éste se lo impide.

Laura. ¡Ah! ¡padre mio, clemencia!
Roq. ¿Qué dices? ¡Laura! ¡Jacinto!
perdonad tantas ofensas,
que un error...
Jac. ¡Ah! no señor.
Este momento compensa
todos los males pasados;

y ya su memoria aumenta
nuestro placer.

Con indignacion á Doña Felisa y Ambrosio.

Roq. Huyan léjos
al punto de mi presencia,
ó mi cólera...

Laura. Tened.

Jac. Sosegaos: ellos llevan
el castigo mas cruel,
mas atroz, en su conciencia.

Roq. ¡Corazones insensibles!
¿Tanta fué vuestra dureza,
que cifrabais vuestra dicha
en las desgracias agenas?
¿en hacer desventurada
esta familia?... ¡Me llena
de horror! Ni sé donde estoy.
Parece que de una inmensa
obscuridad he salido
á gozar una nueva luz.
¡Ah! ¡yo no puedo explicar
el placer que experimenta
mi corazon!... ¡Pero qué!...

A Doña Felisa y Ambrosio.

¿todavía?... ¿acaso intentan
acabar?...

Fel. No tema vm.
Aunque un reyno me valiera,
no me quedára. Yo voy
en mi interior satisfecha.
Sé que mi único delito
ha sido haber dado rienda
á una pasion, que... por fin,
puede que vm. se arrepienta,
y bien pronto; pero no,
no espere vm. que yo vuelva.
Ahí tiene vm. sus hijitos,
que premiarán su terneza.

Roq. ¡Infame!

Jorg. ¡Gran mogigata!

A Ambrosio en ademan de irse.

Fel. Vámonos. Vm. ¿qué espera?

Ambr. ¿Qué espero? Que vm. se aparte
de mi vista. Si no hubiera
creido yo á sus engaños,
tal vez mas aprecio hicieran...

Jorg. ¡Sí! Que el mancebo por sí
tiene las mejores prendas...
Váyanse al punto, y ajusten
allá en la calle sus cuentas.

Los echa.

Gracias á Dios que quedó

por los buenos la pelea.

Roq. ¡Y yo pude tanto tiempo
darles crédito en ofensa
de dos almas inocentes!...
¡Hijos! perdonad mi ciega
obstinacion.

Jac. ¡Oh! no hablémos
de nuestras antiguas penas.
Hemos padecido, sí;
pero ¿por ventura erais
vos feliz?

Laura. ¿Y quién, señor,
en tan dulce instante piensa
en una imágen?...

Roq. ¡Ay Laura!
Este instante me recuerda
mis errores. Abracé
de la virtud mas perfecta
el estado; pero ¡ay triste!
mi juventud inexperta
no por ella le abrazó!
¡quán venturoso viviera,
si hubiese sido virtuoso
mi celibato! ¡siquiera
hubiese una vez vencido
del error la densa niebla

que ofuscaba mis sentidos!
¡y condescendido hubiera
con los deseos sinceros
de tu buena madre!... Eterna
hubiera sido la dicha,
que ya tarde lisonjea
mi vejez.

Jac. No mas, señor.
¿Qué satisfaccion mas plena
que ese reconocimiento
de vuestra antigua flaqueza?
Pero á otra cosa: han venido
unos niños que contestan
ser parientes, y se hallan
pobres.

Roq. ¿Y por qué no llegan?

Jorg. Los echó Doña Felisa
noramala.

Roq. ¡La perversa!

Jorg. Mas Don Jacinto me dixo
que les pidiera las señas
de su posada...

Jac. Y espero
que socorrais su indigencia.

Roq. Sí: de hoy mas dedicaré
los pocos dias que me restan

de vida á hacer todo el bien,
que libre un tiempo pudiera
haber hecho. Desde ahora
ya es tuya toda mi hacienda.

Jac. Y Jorge, mi buen amigo...

Jorg. ¿Qué va que vm. me avergüenza?

Jac. ¿Cómo podrémos pagarte
de nuestra dicha la deuda?

Jorg. ¿A mí? Si lo que he hecho yo
¡vamos! lo haria qualquiera.

Roq. Así tambien yo la mia
le deberé. Tú le premia
como merece. ¡Hijos mios!
¿por qué siempre no resuena
en mi oido el grato nombre
de padre?

Jorg. No os cause pena;
que si le agrada, dirémos
todos padre á boca llena.

Laura y Jac. ¡Padre amado!

Roq. ¡Hijos del alma!
Ya nada á mi pecho queda
que desear, sino que en mí
el jóven incauto aprenda.
¡Triste del que injustamente
el himeneo detesta!

¡y triste del libertino
que profanando la senda
de la mas pura virtud,
la corrupcion busca en ella!

FIN.

TEATRO NUEVO

ESPAÑOL.

TOMO III.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

CONTINUACION DE LA LISTA

DE LAS PIEZAS RECOGIDAS.

El hombre busca su estrago, anuncia el castigo el cielo, y pierde vida é imperio: Mauricio y Focas.

El Austria en Jerusalen.

El freno de los Alarbes.

El sitio de Toledo.

El amor mas desgraciado, Céfalo y Pocris.

El valiente Campuzano.

Cada uno es linage aparte, y los Mazas de Aragon.

El triunfo mayor de Alcides.

Cegar al rigor del hierro y cobrar vista en la sangre.

Como luce la lealtad á vista de la traicion.

El Hércules de Ocaña.

El Alexandro de Oriente, y restaurador de Persia: Thamas Kaulican.

La víctima del amor conyugal: Sibila, Reyna de Jerusalen.

La Española Comandante, fiel á su amor y á su patria.

Valor y amor de Othoniel.

Quando la ciencia pretende, amor lo sabe vencer:

encanto, hermosura y Rey.
Amistad, lealtad y amor saben vencer el rigor.
Triunfos de valor y ardid.
El sitiador sitiado, y conquista de Stralsundo.
El sitio de Pultova, por Cárlos Doce.
El Trifaldino Español, y espiritada fingida.
El mas falso testimonio, y traicion mas bien vengada.
El rayo y terror de Italia.
El padre mas inhumano, y el exemplo de los hijos.
La historia de Elio Seyano.
El mas cruel hado es amor.
Gustavo Adolfo, Rey de Suecia.
Los tres afectos de amor, piedad, desmayo y dolor.
Los zelos hasta en el trono, y tiranía en el cetro.
El defensor del Peñon.
El Caín de Cataluña.
Alexandro en Sogdiana.
La Moscovita sensible.
La Indiana.
La impiedad y la traicion ceden á la compasion.
Buscar la dicha en el riesgo, y el Espin de Calidonia.
El mas temido Andaluz, y guapo Francisco Esteban.

Vencer mágia con auxîlio: tiranías de Maxencio, y triunfos de Constantino.
Merope y Polifonte.
Mas vale saber que haber, y el docto Euclides.
Matéo Vicente Benet, 2. parte.
Hasta lo insensible adora.
Icaro y Dédalo.
Venir el amor al mundo.
El mas valiente Extremeño: Bernardo del Montijo.
La esclavitud mas dichosa, y prodigioso rescate.
El hijo del sol Faeton.
Guerras de amor y de zelos.
Tambien se ama en el abismo.
Restauracion de Sevilla.
El juramento ante Dios, y lealtad contra el amor.
La mayor constancia de Mucio Scévola.
Lo que previno el destino se logra contra la ciencia: y encantos de Rosimunda.
Los Españoles en Chile.
Las Vísperas Sicilianas.
Los Carboneros de Francia, y Reyna Sevilla.
Las tres tragedias en una, ó la impía Astarbe.
La ventura con el sueño reintegra el cetro á su dueño.
La destruccion de los Templarios.

Las tres coronaciones del Emperador Cárlos Quinto.
El Tirano de Lombardía.
La pobreza con virtud nunca se queda sin premio.
El primer cerco de Roma, y ántes que amor es la patria.
El Godo Rey Leovigildo, y vencido vencedor.
Engaños hay que son justos en guerra de amor y zelos, y coronacion de Numa Pompilio.
Amor, valor y saber los astros pueden vencer.
Deidad, encanto y fortuna vuelven á su dueño el cetro.
Los peligros de un engaño.
A igual poder y favor solo vencer puede amor.
A ser Rey enseña un ángel.
De la piedad nace amor.
Amar es saber vencer, y el arte contra el poder.
Defender al ofensor es la venganza mayor.
A quien deshereda un padre, su lealtad le eleva al trono.
La estatua de Prometéo.
Aspides y basiliscos.
Los dos amantes mas finos, Píramo y Tisbe.
La antorcha del querer bien, y aventuras de himenéo.
Amor es arte de amar.
Los dos monstruos de fortuna: el uno por el

Se continuará.

ÍNDICE

DE LAS PIEZAS QUE CONTIENEN LOS TOMOS PRIMERO, SEGUNDO Y TERCERO DEL TEATRO NUEVO ESPAÑOL.

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.

TOMO TERCERO.